

ARNAO
GOTAS
DE ROCIO

DRPS
FA
612



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500767764



ARNAO
GOTAS
DE ROCIO

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

51
3.000.-

FL DRPS FA/0612

0500767764

GOTAS DE ROCÍO

GOTAS
DE ROCÍO

MADRIGALES

POR

D. ANTONIO ARNAO

de la Academia Española

Esta obra es propiedad de su autor.

IMPRESA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ,
S. Jerónimo, 2.

SEVILLA
LIBRERÍA DE HIJOS DE FÉ,
Sierpes, 104.

1880

Á MARÍA DEL CÁRMEN

Y

MARÍA DE LA ASUNCION.

Recibid, hijas mias, este libro como débil muestra de mi profundo cariño. Os ruego que cuando recorrais sus páginas, consagreis un dulce recuerdo á vuestro amante padre.



RAZON DE ESTE LIBRO.

Duros y agitados son nuestros tiempos como los tormentosos días que encrespan los mares en el equinoccio. Guerras civiles, conquistas internacionales, intranquilidad para el individuo, revolución para la sociedad, desmayo en la fe, rebeldía en la razón, preponderancia de los bienes materiales, olvido de los del alma;—tales parecen los rasgos característicos de la presente época. ¿Puede ésta por lo tanto ser adecuada para los íntimos, puros y sosegados deleites de la Poesía? No, por desgracia. El poeta, y sobre todo el poeta lírico, es en ella un ave peregrina cuyo canto escuchan solamente los que se aplacen en el silencio de la soledad.

¿Debe por eso renunciar al ejercicio de su divino

arte, desoyendo la voz que hacía él le impulsa con acento vigoroso? Tibieza fuera el hacerlo así, y prueba de miserable cobardía. Hé aquí por qué yo que en mi pequeñez é insignificancia no quiero que se me tache de lo uno ni de lo otro; hé aquí por qué, considerando la Poesía más como vocación que como pasatiempo, soy infatigable en el trabajo, al cual por otra parte nunca me han animado aplausos desmedidos, ni adeptos apasionados que suban mi nombre á las regiones de la gloria.

Demostración, y no comun, de acendrado amor y de inquebrantable perseverancia es el libro que, con el alegórico título de *GOTAS DE ROCÍO*, entrego hoy á los azares de la vida pública, para ser quizá sepultado en las sombras del olvido. Inspirado siempre por el culto de la verdad, de la bondad y de la belleza, que es el pensamiento generador y el núcleo que enlaza sus diversas partes, representa, con fortuna ó sin ella, en cuanto á la manifestación de su forma exterior, un esfuerzo extraordinario en el arte, esfuerzo que no tiene igual en nuestra literatura y que quizá no lo tenga en las extrañas. Pueden formarse, y se han formado, co-

piosas colecciones de poesías de diversa índole, correspondientes á épocas y á móviles distintos, segun han ido inspirándolas los variados acontecimientos de la vida. Pero no se ha publicado, que yo sepa, ninguna como la presente, compuesta de estos poemitas de un solo género, tan difíciles cuanto breves, y realizada en virtud de un propósito preconcebido y concreto. Y si se repara en que tales poemitas ascienden al crecido número de los que aquí se incluyen, desarrollando en angosto espacio otros tantos asuntos independientes y aislados, por más que obedezcan al pensamiento comun ántes expuesto, derecho mio será reclamar del lector ilustrado la benevolencia que debe dispensarse al que acomete una empresa ardua, por el mero hecho de haberla acometido, aunque feliz éxito no corone su realización.

Véase ahora, en comprobación de una idea arriba indicada, lo que respecto de los madrigales acontece en la riquísima historia literaria de nuestra patria. No sólo antiguos ingenios de segundo orden, sino ingenios de primero, y muy preclaros, han escrito composiciones de aquella clase, las

cuales, por lo pequeñas y primorasas, son en el ameno campo de las letras lo que florecillas tenues y delicadas en un jardín espacioso y pintoresco. Con esto dieron bien á entender que apreciaban en todo su valor esas miniaturas de la poesía, y que no desdeñaban emplear sus pinceles en reducidos y finísimos cuadros los que tan diestramente sabian ejercitarlos en cuadros vastos y vigorosos.

¿Pero produjeron muchas? ¿Las produjeron á la vez? La respuesta es negativa. De todos los madrigales compuestos por los primeros poetas se podría formar acaso una coleccion linda, aunque no abundante; mas de ninguno de éstos separadamente podría mostrarse una coleccion, ni grande ni pequeña. Y áun sucede otra cosa singular, que es ya fenómeno constante: cuando en libros didácticos, en críticas literarias ó en oposiciones á cátedras se trata del madrigal como punto secundario ó como tema de discusion, casi todos se olvidan de los que andan dispersos por las obras de nuestros escritores, y únicamente se valen para las citas, en prueba de la doctrina que exponen, del conocidísimo de Gutierre de Cetina:

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados, etc.;

y del no ménos conocido de Luis Martin:

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda, etc.;

en los cuales, muy bellos por cierto, parecen vinculados todos los timbres de este género poético. Pocos, muy pocos son, sin embargo, los que recuerdan, por ejemplo, el de doña Feliciana Enriquez de Guzman:

Dijo el Amor, sentado á las orillas
De un arroyuelo puro, manso y lento:
«Silencio, florecillas,
No retoceis en el lascivo viento,
Que duerme Galatea, y si despierta,
Tened por cosa cierta
Que no habeis de ser flores
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy más Amor, si ella me mira.»
¡Tan dulces flechas de sus ojos tira!

¿Y por qué tantos y tan fecundos vates han sido en dicho género parcos y remisos? ¿Por las difícil-

tades del caso, ó porque su lozana imaginacion no podia volar con gallardía en esfera muy limitada? No me es dado adivinarlo. Sólo habré de observar que en análogas y áun más rígidas condiciones se halla el soneto, y sabido es que esta planta, italiana en su origen como el madrigal, se ha reproducido copiosísimamente en los verjeles de la literatura.

Á presentar, pues, un rico y variado ramillete de estas florecillas de la inteligencia se encamina el modesto libro que hoy ofrezco al amor de los apasionados á las bellas letras. Llámole rico, atendiendo al número de aquéllas, y variado, teniendo en consideracion la diversidad de sus matices. Y no será extraño que la última de ambas circunstancias atraiga sobre mí la censura de retóricos ortodoxos. Si mis madrigales se juzgan con estricta sujecion al cánon de los preceptistas de escuela, conceptuándolo, más que cánon, dogma inflexible; si se aprecian con arreglo á lo que de mucho tiempo atras se alega y repite respecto de esta clase de poesías, me veré tratado seguramente de innovador revolucionario. Ser breve, ingeniosa,

delicada y galante es cuanto piden á cada una de dichas composiciones. Boileau, tratando de la materia y á continuacion de la balada, dice:

*Le madrigal plus simple et plus noble en son tour
Respire la douceur, la tendresse et l'amour.*

Nuestro insigne Martinez de la Rosa, despues de explicar la punzante gracia del epigrama, se expresa de esta manera:

Sin aguda saeta venenosa,
El ala leve y ricos los colores,
Cual linda mariposa
Que juega revolando entre las flores,
El tierno *madrigal* ostenta ufano
En su voluble giro mil primores;
Mas si al ver su beldad tocarle intenta
Áspera y ruda mano,
Conviértese al instante en polvo vano.

Pues bien: yo he querido ensanchar el estrecho círculo trazado por semejantes preceptos hasta hoy observados en la práctica. Pareciéndome que una sola tinta engendraba monotonía en estos reducidos poemas, resolví darles todas las más variadas y posibles, convirtiéndolos, si así puedo expresar-me, en pintura policroma.

Al efecto, acepté sus cualidades de ingenio y delicadeza, reconocí lo necesario de su brevedad, si bien no en términos tan diminutos y mezquinos que no consientan desarrollo alguno: y en cuanto á su fondo, hice resonar en ellos los tonos más opuestos del sentimiento y reproducir como en exiguo espejo cuadros grandes de la fantasía.

Recordando que el epigrama ha descendido desde su antigua alcurnia y carácter literario hasta la acre y rápida punzada, casi siempre indecorosa y obscena, que es su único distintivo segun el nuevo uso; pensé que sus demas condiciones, olvidadas del todo en él, debian pasar al madrigal para que se enriqueciese. Así traté de hacerlo, recogiendo la abandonada herencia. Viendo, por otra parte, lo indispensable que es hoy depositar en toda produccion artística, por humilde que fuere, el germen de alguna enseñanza saludable, procuré inocularla, más ó ménos disimuladamente, en aquellos madrigales que por la naturaleza del asunto lo consentian; llevando á ellos con diferente forma un lejano recuerdo del apólogo. Con tales principios dí al género poético que es objeto de mi obra

mayor extension en cuanto al fondo que lo constituye, ó de otro modo, ensanché la esfera de accion de su competencia. Así es que, bajo el expresado concepto del fondo ó del asunto, los hay (buenos ó malos) de todas clases y tonos en la presente compilacion. Amorosos, como *Triunfo estéril*; místicos, como *El árbol misterioso*; filosóficos, como *Ciencia humana*. En lo pintoresco, descriptivo, cómico, burlesco, y áun sarcástico, basta recordar al acaso *Tiempos pasados*, *La otoñada*, *Desengaño cómico*, *En tu defensa*, *La razon libre*. Y si se quiere buscar la expresion tierna y suave de una idea delicada de por sí, ejemplos de ello serán: *Niña y paloma*, *El beso puro*, *Perla en su concha*.

Tal es la explicacion franca de mi sistema. Esto es lo que he pretendido, no tal vez lo que he logrado.

Por lo que concierne á la parte exterior ó de forma, he seguido en todos, con la insignificante y caprichosa excepcion de dos, la tradicion clásica, empleando al efecto, en diversas combinaciones, una estrofa de silva. No quiere esto decir que no puedan escribirse en otros metros; y buena prueba

de lo contrario suministran los que en décimas, quintillas, romances, etc. andan esparcidos, con calificación de madrigales ó sin ella, en muchas colecciones poéticas. Y en cuanto á la versificación, diré que, sin haber dejado versos libres, según creo, no he omitido esmero ni cuidado para darle tersura, corrección y facilidad. Hícelo así, porque sobre ser ésta mi inclinación natural y mi gusto reflexivo, opino que los poetas faltos de genio (que somos los más, aunque muchos no lo conozcan por su parte) debemos procurar á toda costa la limpieza y distinción en lo que á la forma se refiere, para ver de asemejarnos á los hidalgos pobres que revelan su calidad por la limpieza de sus añejos vestidos y por la distinción de sus modales.

Quizá se dirá que con la innovación intentada altero los límites del madrigal, contribuyendo por mi parte á la confusión de los géneros literarios. A ello contestaré con varias preguntas: ¿No es esta confusión, ó fusión, fenómeno ordinario en nuestros días y hecho reconocido? ¿Es hoy la elegía lo que en tiempo de Catulo y de Tibulo? ¿Significa la

canción lo que significaba en el arpa de Herrera? ¿Se parecen muchos de los epigramas de Marcial á los de Iglesias? ¿Conserva la epopeya su antiguo concepto? ¿Caben las obras dramáticas de ahora en las primitivas divisiones? Podré haberme equivocado, pero confieso ingenuamente que, al considerar cuán difícil sería al presente clasificar la mayor parte de las poesías modernas con arreglo á la tecnología escolar, me juzgo algo libre de la nota de innovador peligroso, acogíendome á la tolerancia que con otros se practica. Además, pensándolo bien, fuera inexacto apellidarme revolucionario, porque los verdaderos revolucionarios, en todas las esferas, ni engrandecen ni edifican: su oficio es más atrevido y trascendental que el de los reformistas.

Concluyo recomendándome á la indulgencia de los lectores, virtud que de tiempo atrás deben tener muy ejercitada, en cuanto á mí toca.

Deseo que á estas florecillas de mi humilde ingenio no se aplique lo que Malherbe decía de una delicada niña, prematuramente muerta:

*Et, rose, elle a vecu ce que vivent les roses:
L'espace d'un matin.*

Deseo que estas GOTAS DE ROCÍO no se evaporen tan luego como reciban el sol de la publicidad.

ANTONIO ARNAO.

Madrid, 1879.

INTRODUCCION.



EL MADRIGAL.

Libre, sencilla, ufana,
Al primer esplendor de la mañana,
La abeja voladora
Busca en la flor de la enramada umbría
La miel que de su néctar elabora
Para propio sustento,
Y para el hombre que en gozarla fía.
Así también la noble fantasía,
Por la vaga región del pensamiento
Dilatándose en vuelo apresurado,
Busca su miel hiblea,
Hasta que dulce jugo codiciado
Liba en fecunda idea,
Y el breve Madrigal la mente crea.

MADRIGALES.

MADRIGALES.



MADRIGALES.

LA GOTA DE ROCÍO.

Quando en el seco estío
Clara y serena gota de rocío
Gentil esmalta la fragante rosa,
Siento que cunde por el pecho mio
Tristeza vagarosa,
Y el corazon me oprime
Ansiedad melancólica y sublime;
Pues al ver cómo brilla
Tan pura y transparente
Que á límpido cristal vence y humilla,
Se me figura lágrima doliente
Rodando por tu púdica mejilla.

LA CANA Y EL ROBLE.

Si la flexible caña
Del viento al soplo cede
Porque su empuje resistir no puede;
Si el roble en la montaña
Prefiere, á doblgarse,
Bajo el furor del huracan troncharse;
En la atmósfera impura
De la humana malicia
Donde vencer la rectitud procura
Viento de seduccion y de injusticia,
El varon justo y noble
Jamás quiere ser caña, sino roble.

VIDA BREVE.

Ayer, al despuntar el sol ardiente,
La anémona gentil se irguió lozana
Con diadema de perlas en la frente,
Rocío bienhechor de la mañana.
De su primor ufana,
Con orgullo aceptó gratos favores
De céfiros, codicia de las flores;
Pero al quedar el día
Muerto en las sombras de la noche oscuras,
Ya ni perfume ni beldad tenía:
Belleza corporal, ¡qué poco duras!

SU PRESENCIA.

Si miro el mar cuyas inquietas olas
 Murmuran siempre con sublime acento;
 Si miro las estrellas
 Que en el espacio solas
 Alumbran el azul del firmamento
 Cual lámparas de amor que lucen bellas;
 Si en prados y jardines
 Miro entre verde murta los primores
 De rosas, lirios, nardos y jazmines,
 Bendigo á Dios con íntimos loores.
 Mas en templo cristiano
 Donde perdon por alcanzar me afano,
 Mejor le reverencio
 Prosternando la frente,
 Porque en su oscura sombra y su silencio
 Con presencia réal latir se siente.

UNA ILUSION.

Ostentando las galas
 De transparentes alas
 Que matizan la púrpura y la rosa,
 Por alegre campiña,
 Y en torno de mi niña,
 Gira fugaz inquieta mariposa.
 Viéndola tan donosa,
 La niña que pretende aprisionarla
 No cesa de buscarla;
 Y aquélla va volando,
 Y ésta detras corriendo;
 Una libre vagando,
 Y otra ligeros círculos haciendo;
 Hasta que al fin la incauta cazadora,
 Riendo porque acierta
 A lograr lo que tanto la enamora,
 La coge entre sus palmas... pero muerta.

DECLARACION.

No lo puedo negar: tu gentileza,
 Tu espléndida belleza,
 Conquistan por doquier flores y palmas,
 Pues el oro que forma tu cabello
 Hirió no pocas almas,
 Y tu mirar de límpido destello
 Y tu rostro de aurora sonrosado
 Corazones sin fin han cautivado.
 Yo admiro tu beldad; pero si piensas,
 Al verme indiferente,
 Que ya mi corazón no late ardiente,
 La yerras á fe mía,
 Pues con pasión profunda y generosa
 Prosternado á tus piés te adoraría,
 Si fueras tan humilde como hermosa.

LAS GOLONDRINAS.

¿Por qué nos placen tanto
 Esas tímidas aves cuyo canto
 Es amoroso pío
 Que suena al anidar en nuestro techo,
 Ó cuando por los aires en estío
 De insecto volador van en acecho?
 ¿Qué misterio sin nombre
 Hace que en paz su vuelo se deslice,
 Sin que jamás el hombre
 Contra su vida atente?
 Es porque bella tradición nos dice,
 Con ternura elocuente,
 Que pobres golondrinas,
 Muerto Jesús, de su divina frente
 Quitaron con su pico las espinas.

DESEO.

¿Qué flor tiene en el valle
 Carmin más puro que tus labios rojos?
 ¿Qué palma en lo gentil vence á tu talle?
 ¿Cuál astro eclipsa el brillo de tus ojos?
 ¿Dónde existe el acento
 Que al tuyo exceda en grata melodía,
 Ya lance con dolor flébil lamento,
 Ya alegre cante ó ría?
 ¡Dichosa tú, si á la sin par belleza
 Que pródiga te dió Naturaleza,
 Unes afortunada
 Piedades y ternura,
 Mostrando ser un alma inmaculada
 Corona de tu mágica hermosura!

EL MAR.

Valles hondos y rocas elevadas,
 Vegetacion de espléndido follaje,
 Ciudades sepultadas
 Por el eterno afan del oleaje,
 Se esconden en su seno,
 Que á veces manso ríe
 Y á veces ruge con la voz del trueno.
 El hombre, que se engríe
 De sin igual poder, y que se adora,
 Ídolo de sí mismo,
 Aunque osado lo intente
 No penetra en los antros de su abismo
 Que vasto mundo llena:
 Es insondable el mar, como la mente
 Del que le puso valladar de arena.

ALEGORÍA.

Nace el hombre á la vida
 Cual un arbusto delicado y tierno
 A quien amiga previsora mano
 Resguarda de las iras del invierno.
 Luégo la juventud enardecida
 Lo muestra árbol lozano
 Que con hojas y flores susurrante
 Sombra y amparo brinda al caminante.
 Despues sus bellas flores
 En fruto natural la edad convierte,
 Hasta que al fin con golpe doloroso
 Viene á herirle la muerte.
 ¡Feliz y venturoso,
 Si al pagarle tributo
 El del árbol del bien rindió por fruto!

UN SORBO DE AGUA.

¿Qué dijeras si vieses
 En abrasada siesta de verano,
 Cuando el fuego del sol dora las mieses,
 Que rústico villano,
 Con pecho de diamante,
 Rehusaba al fatigado caminante,
 Para templar la sed devoradora,
 Leve sorbo de fuente bienhechora?
 Pues como el que lo niega
 Al que sediento á sus umbrales llega,
 Es el torpe menguado
 Que, sin temer la cólera del cielo,
 Niega al infortunado,
 Para calmar sus penas, un consuelo.

 CONSEJO.

Si le tienes amor, díselo al punto
 Mas que enloquezca de placer su mente:
 Si te inspira desden, no se lo calles
 Aunque tanto dolor le dé la muerte.

Laura, el mancebo que tan fiel te adora
 Cualquier dolor solícito prefiere
 A la tibia amistad con que le brindas,
 Al vago afecto que mostrarle suele;
 Pues al mirarte rica de hermosura
 Más que el clavel que por Abril florece,
 Al ver tus ojos de color de cielo
 Que ilumina la luz del sol riënte;

Él que la juventud cruza soñando,
 Cual un Eden que glorias le promete,
 Dice que la amistad no galardona
 La fe de quien por tí rendido muere.

 SU SONRISA.

Sonrisa encantadora
 Que al vagar por su labio
 Recuerdas la sonrisa de la aurora,
 ¿Por qué tu gracia de sin par hechizo
 Brilla sólo en mi agravio?
 ¿Por qué mayores mis desdichas hizo
 Cuando en ella creia
 Mi esperanza encontrar y mi alegría?
 ¡Ay, sonrisa hechicera!
 Si el ansia ves de mi constante empeño,
 Si no quieres que muera,
 Ten la piedad por dueño,
 No simbolices del desden el ceño.

EL MAYOR DOLOR.

Es jóven, es hermosa
Como celeste aparicion ansiada,
Pero en su frente noble y candorosa
La huella del dolor está grabada.
¿Qué pena despiadada,
Qué insólita amargura
Perturbaron su rápida ventura?
¡Ay! cuando vuelve con amante empeño
Tras de la noche al dia,
La cuna que meció, guardando el sueño
Del serafin que en ella sonreia,
Ve para siempre inmóvil y vacía.

LA LUZ.

Feliz mariposilla,
Fiel á la voz del natural instinto.
Dejando de volar, paró sencilla
Sobre el cáliz de pálido jacinto,
Donde la miel sabrosa y delicada
Quiso libar alegre y descuidada;
Cuando vió de repente
Hermosísima luz resplandeciente,
Y con ímpetu ciego,
Mirándola tan bella,
Fué veloz á girar en torno de ella
Hasta que al fin tornáronse en el fuego
Sus ricas galas míseros despojos:
¡ Y aquella viva luz eran tus ojos !

GLORIA VANA.

Tienes oro y poder: todo te ríe,
 Absorta multitud sigue tus huellas,
 El aura popular tu pecho engríe,
 Tu insigne fama sube á las estrellas.
 Todo cuanto codicia
 Terreno corazón, de pompa vana,
 Otro tanto propicia
 Te dará loca suerte
 Que por servir tu voluntad se afana;
 Pero vendrá la muerte,
 Y á pesar de que en mármoles y bronce
 Dejes tu nombre escrito,
 ¿De qué te servirá tu gloria entónces,
 Si tras de tanto honor mueres precito?

GLORIA VERDADERA.

Podrán herirte penas y amargura,
 Podrán llorar tus ojos
 La soledad de tu mansion oscura;
 La senda de la vida,
 Salpicada de espinas y de abrojos,
 Recorrerá tu paso vacilante,
 Al borde de un abismo suspendida.
 Mas llegará por fin el dulce instante
 De la anhelada libertad del alma
 Que te dará la muerte bienhechora;
 Y aunque te oculte la triunfante palma,
 ¿No serán tu delicia en esa hora
 Tanta pena y tormento,
 Si en gracia das tu postrimer aliento?

UN DESVARÍO.

De la dorada jaula huyendo esquivo,
 El aire corta rápido y parlero,
 Porque ya no se ve triste cautivo,
 Matizado gilguero,
 Y al dueño amigo deja,
 Que de su torpe ingratitud se queja.
 Las aguas que murmuran,
 Las flores que acaricia viento leve
 Grato placer auguran
 Al ciego instinto que su vuelo mueve;
 Mas goza dicha breve,
 Pues al querer ufano
 Subir al monte desde el hondo rio,
 Muerte le da carnívoro milano:
 Libertad, ¿eres más que desvarío?

LA BELLEZA.

Al ver la luz que de tus ojos parte
 Como de sol que límpido destella,
 Ninfa gentil y seductora y bella
 Apasionado amor sabrá llamarte;
 Pero si conquistarte
 Lauro mejor tu corazón prefiere,
 Jamás olvides, cuando amor te diere
 De la belleza corporal la palma,
 Que la belleza cándida del alma
 Vale más y no muere,
 Pues, sin quererlo su humildad, publica
 Que la santa virtud la vivifica.

EL METEORO.

Siempre que en negra noche absorto miro
 Globo de luz que hiende el firmamento,
 Y en vaporoso giro
 Cruza fugaz por la region del viento;
 Cuando su luz intensa
 Que alumbra de pasada
 Torna tras él la oscuridad más densa,
 Digo con voz por el dolor velada:
 Meteoro brillante
 Que saliste á lucir en breve instante;
 Tu rápida carrera,
 Tus claros resplandores,
 Imágen son de dicha pasajera
 En una larga vida de dolores.

UN EJEMPLO.

Rendir á dueño hermoso el albedrío,
 Jurar por él fidelidad constante,
 Ver en su tierno amor dulce ventura,
 Acriminarle á veces de desvío,
 Mostrar indiferencia en el semblante,
 Ofenderle quizá con alma dura,
 Presentir el hastío,
 Sentirlo en su interior el veleidoso,
 Tener de libertad anhelo vago,
 Buscarla con espíritu afanoso,
 Ansiar en otro dueño nuevo halago,
 Hallarle en su camino,
 Y jurarle á su vez pasion malvada...
 Tal en hombre de pecho diamantino,
 Tal es la historia de la fe violada.

LA FUENTECILLA.

Cristalina corriente
Que bajas despeñada
De la cumbre de sierra prominente;
Tú que vas de pasada
Bañando con tu linfa la pradera,
No corras tan ligera
Buscando bien incierto;
Que en el mar morirás para tu daño,
Cual mi ilusion ha muerto
En el acerbo mar del desengaño.

LA INOCENCIA.

Juzgando en tu creencia
Que la virtud más alta
De la débil mujer es apariencia,
Con zumba pides conocer sin falta
El ignoto color de la inocencia.
Voy á decirlo, y esa adolescente
Que sueles perseguir hasta en el templo,
Cual milano inclemente
A paloma infeliz, sirve de ejemplo.
Pues oirlo te agrada,
Sabe que es del color con que te humilla
La tinta inmaculada
Que su pudor, sintiendo tu mirada,
Sube desde su pecho á su mejilla.

RISA Y LLANTO.
—

Cuando Laura reía
Escuchando de Silvio el triste acento,
Herido el corazón Silvio sentía
Por agudo tormento;
Mas hoy que está su lánguida mirada
Llena de virginal melancolía,
Hoy que va de sus ojos escapada
Una furtiva lágrima traidora
Que sus ocultos pensamientos vende,
Él es feliz: feliz porque comprende,
Vencedor en buen hora,
Que la que no le amaba ya le adora.

—A UN RICO.
—

Ese dolor, de todos ignorado,
Que como espina que te hirió crüenta
Sientes en las mayores alegrías,
Y en el rico esplendor inesperado
De tu vida opulenta
Mudo y tenaz perturba tus orgías;
No logrará jamás, de ciencia humana,
Lenitivo süave
Que por hallar tu voluntad se afana;
Pues padecer tan grave
No te lo causa corporal tormento:
Ya tu conciencia sabe
Que hiere al alma, y es remordimiento.

—

LA RECONVENCION.

Así clamaba el triste:
 «Fingiendo diestra que en amor te inflamas,
 Con tierna voz y seductor acento
 A que nada resiste,
 Unas veces me llamas
 Cuando tu veleidad es mi tormento;
 Mas otras, cuando siento
 Que anima la ilusion el pecho mio,
 De ti me aleja bárbaro desvío.
 ¡Ay! no tenaz en confundir te empeñes
 Dulces favores y sañudas iras:
 Si me tienes amor, no me desdeñes;
 Si te inspiro desden, ¿por qué me miras?»
 El triste así clamaba
 Y lágrimas de fuego derramaba.

LA AZUCENA.

No sé qué gracia, de misterio llena,
 Guarda como tesoro
 La corola gentil de la azucena;
 Pues ni aquellos estambres que son oro,
 Ni aquellas hojas, nácar transparente,
 Valen lo que el aroma
 Que dentro de su cáliz vida toma.
 Mas ¡ay! con muda voz, que balbuciente
 Copiar intento en vano,
 Me dice el alma tan profundo arcano:
 Flor de tal galanura
 Nos deleita y cautiva
 Por ser imágen viva
 De casta vírgen, astro de hermosura:
 Admira su belleza,
 Mas su timbre mejor es la pureza.

SEMEJANZA.

¿Ves la noche de invierno
 Que cerrazon densísima encapota,
 Mientras se escucha el sibilar eterno
 Del cierzo que los árboles azota?
 ¿Ves aquel caminante
 Que, sin saber acaso de sí mismo,
 Con temeroso paso vacilante
 Al borde marcha de profundo abismo?
 ¿Y no le ves en mudo parasismo,
 Y de terror insólito asaltado
 A que en balde resiste,
 Y por segura muerte amenazado?
 En esa imagen espantosa y triste
 Viendo estás la conciencia del malvado.

CONTRADICCION.

Si por vana injusticia
 Te mofas con malicia
 Del pececillo á quien el hombre engaña.
 Cuando en el cebo cae
 Que la muerte le trae
 Puesta en el hilo de insidiosa caña,
 ¿Por qué ilusion extraña
 No te burlas de ti de igual manera,
 Recordando que al cabo
 Tambien quedaste esclavo
 Del cebo tentador de la hechicera
 Cuya beldad deploro,
 Y á quien amar no puedes sin desdoro?

PERLA EN SU CONCHA.

Tierno capullo de encendida rosa
 Que sereno y feliz descansa en ella,
 Recibiendo su esencia deleitosa;
 Rayo de blanca luna
 Cuya luz siempre bella
 Se aplace en el cristal de la laguna;
 Perfume delicado
 Que violeta de Abril dulce atesora
 Entre sus tenues pétalos guardado;
 Tímido pajarillo
 Que, en su lecho de hierbas, á la aurora
 Duerme incauto y sencillo;
 Vid que lenta creciendo
 Se junta al olmo con estrecho abrazo...
 Tal es el niño cuando está durmiendo
 De su amorosa madre en el regazo.

A UNA DESDEÑOSA.

No me mireis, señora, tan altiva,
 Pues narra bien la historia
 Que, á dulce compasion no siendo esquiva,
 Con amor bien pagado,
 Con ternura notoria,
 Habeis vuestros favores dispensado.
 Mas ya que por insólita mudanza
 Quereis tornar en humo mi esperanza,
 Yo, por obedeceros cual es justo,
 Sin lanzar un gemido,
 Con gusto me acomodo á vuestro gusto
 Pagándoos el desden con el olvido.
 Si, pues, habeis perdido
 Todo poder sobre mi fe cautiva,
 No me mireis, señora, tan altiva.

LA FLOR BENDITA.

Amo la fresca rosa
 Que reina del pensil es proclamada,
 Y la azucena hermosa,
 Y la dalia grandiosa
 De vaga majestad siempre adornada.
 Deleitoso me agrada
 Con su pompa el clavel que al cielo debe
 La roja tinta que del sol refleja,
 Y me hechiza el jazmin porque semeja
 Limpio vellon de inmaculada nieve.
 Mas ¡ay! ¿qué flor á competir se atreve
 Con el nardo exquisito?
 El nardo está bendito
 Desde que dió su aroma al óleo santo
 Que, de ternura penitente llena,
 Mezclado con su llanto
 Vertió sobre Jesus la Magdalena.

TRES MALES.

Ausencia, muerte, olvido,
 Áspides son del pecho bien nacido:
 Es la ausencia enemiga
 Que arranca el bien de nuestro propio lado,
 Pero no pone fin á la esperanza;
 La muerte nos obliga
 A perder para siempre el dueño amado,
 Mas deja en pos querida remembranza.
 Sólo el olvido alcanza
 La no envidiada gloria,
 La triste prèminencia
 De matar la esperanza y la memoria;
 Por lo que más que muerte pido ausencia,
 Y más que olvido, muerte;
 Pues el olvido en míseros amores
 Es la pena más fuerte,
 Es el mayor dolor de los dolores.

SU ALEVOSÍA.

La traidora sirena
 Que fué tu seducción y tu tormento;
 La que tierna y sencilla
 Modulaba el acento
 Que exhala dulce en soledad amena
 La voz de candorosa tortolilla;
 Fingió pérfida amarte
 Para despues crüel abandonarte.
 Te prometió ventura,
 Santa felicidad, y sólo triste
 Logras la ingratitud del alma dura.
 ¿Cómo te ves mudado,
 Tú que inocentes víctimas heriste,
 De torpe engañador en engañado?
 Pena fué merecida:
 Ley del talion, el mundo no te olvida.

EL MAYOR HECHIZO.

Ni en el rayo de sol inmaculado
 Que á través del cristal límpido pasa
 Desparciendo en redor gozo y ventura,
 Ni en el eco dulcísimo y amado
 De tierna voz que alegre nuestra casa
 Tras el crudo rigor de ausencia dura,
 Ni en la vislumbre pura
 Con que en rica presea
 El labrado diamante centellea,
 Ni en el color de nieve del armiño
 Que por no mancillarse muere triste;
 Tan vago hechizo existe
 Como en el beso angelical del niño.

LA PALMERA.

¿Ves aquella palmera
Que esconde su flotante cabellera
Entre la roja nube del ocaso?
Veces mil ha sufrido,
Sin exhalar querella ni gemido,
Del aquilon el iracundo paso.
Y aunque triste y doliente
Bajo el peso de cólera tirana
Breve tiempo dobló la noble frente,
Despues gozosamente
Se alzó gentil, de su vigor ufana.
Igual la fe cristiana
Que postra el desconsuelo
Se vuelve á erguir por acercarse al cielo.

LA ESTRELLA FUGAZ.

En la tranquila noche despejada
Cruza estrella fugaz el firmamento,
Rastro de luz dejando;
Y sólo de pasada
Presta su resplandor al vago viento,
A las demas estrellas eclipsando.
Así del alto cielo desprendida
Para ser mi ventura breve instante,
Fugaz como brillante
Pasaste por la noche de mi vida
Que, ya sin tu hermosura,
Noche fué de dolor y desventura.

CONFIANZA.

¿Qué me importa el enojo
 De cruda suerte que su arpon me lanza?
 El tenaz infortunio ¿qué me importa?
 A los brazos me acojo
 Que me presenta abiertos la esperanza:
 Nada vale el pesar en vida corta.
 Y aunque el infierno aborta
 Fantasmas contra mí con ira horrible,
 Juzgo vana ilusion su estéril odio,
 Pues va conmigo espíritu invisible
 Para ser de mí sér ángel custodio.

LAS AVES DE PASO.

Cuando en otoño triste,
 Del sol poniente al resplandor escaso
 Que de luz moribunda el aire viste,
 Miro que en raudo vuelo
 Cruzan aves de paso
 En busca de otro clima y de otro suelo;
 Cuando las aguas del undoso rio
 Siento correr con majestad sublime
 A perderse en el mar vasto y sombrío;
 Desolador vacío
 Mi conmovido corazon oprime,
 Cual si fuesen diciendo
 Con vaga voz que el alma se imagina:
 «¡Oh tú que nuestra marcha vas siguiendo,
 Terrestre viador! anda, camina.»

NOCHE PERPÉTUA.

En el campo la ví: sus claros ojos
Que reflejaban el color del cielo,
Por las lágrimas rojas,
Inmóviles tenía;
Y en actitud de amargo desconsuelo
Llorar su desventura parecía.
¡Ay! con razon gemia,
Pues siendo jóven, y gentil y hermosa
Como la fresca rosa,
La luz del sol que á todos alumbraba
Por sus bellas pupilas no pasaba.

LAS ESPINAS.

Con gemido de muerte
Clamas contra la suerte,
Y hasta los altos cielos acriminas,
Porque entre los primores
De candorosas flores
En tu senda mortal hallas espinas.
Mas, si bien lo imaginas,
¿Cómo te quejas tú desatentado
Cuando en ellas tu pié leve tropieza,
Despues de que inculpado
Por ti las ha llevado
Tu santo Redentor en su cabeza!
¡Oh! nunca de la suerte
Necio te duelas con clamor de muerte!

LA NINA Y LA ROSA.

Cándida niña cuyo noble pecho
 Era tesoro del amor más puro,
 Y de gran corazón recinto estrecho,
 Vió que con paso pérfido y seguro
 Torpe oruga marchaba
 Por el tallo gentil de fresca rosa
 Cuya beldad la muerte amenazaba.
 Entónces generosa
 Tendió su blanca mano
 Para librarla del aleve intento;
 Mas con rigor tirano,
 Con la maldad que la perfidia encierra,
 Traidora espina hirióse al momento;
 Y de su sangre que regó la tierra,
 Hijo de ingratitude y de falsía,
 El desengaño infiel nació tal día.

EL ARROYO CAUTIVO.

En prisiones de hielo,
 Y en su cauce por álamos formado,
 Cautivo estaba mísero arroyuelo,
 Sin poder reflejar la luz del cielo
 Sobre el cristal, de brillo despojado.
 Rayó por fin dorada primavera:
 Bajo el ardor creciente
 De claro sol que iluminó la esfera,
 Reconquistó la libertad perdida;
 Y á susurrar tornando su corriente,
 En linfa azul de nuevo convertida,
 Clamaba al ver la espléndida mañana
 Por el oriente hermoso:
 «¡Oh bello sol! la caridad humana
 Noble te dió su fuego generoso.»

AL DESPERTAR.

Cuando despues de noche solitaria,
 Pasada en el espanto del silencio
 Y entre vagas fatídicas visiones
 Que llenan de terror el pensamiento,
 Miro en oriente dibujarse el dia
 Derramando vivíficos destellos,
 Y alegres cantan las parleras aves
 Y palpita de gozo el universo;
 Paréceme que hallando vida nueva
 De mis propios despojos me despierto,
 Y en efusion de júbilo inefable
 La luz bendigo, de mi sér aliento;
 Tal como la conciencia que yacia
 De la noche del mal bajo el imperio,
 Cuando perdon augusto la redime
 A la aurora del bien torna de nuevo.

DULCE DESENGAÑO.

¿Por qué la niña hermosa
 Muda lloraba en ánsia congojosa?
 ¡Ay! el que en fausto dia
 Recibió su amoroso juramento
 A la jurada fe traicion hacía.
 Con desolado acento
 Ella se lamentó del torpe agravio,
 Y él á su queja respondió tan sólo
 Con risa de desden sobre su labio.
 Y fué tan honda y tanta su amargura,
 Y su dolor tan fuerte,
 Que para alivio de su pena dura
 Ya codiciaba con ardor la muerte...
 Cuando la luz que á su balcon llamaba
 Sus pupilas abrió. ¡Soñando estaba!

CIENCIA HUMANA.

Cual oro busca el ávido minero,
 Así busca tu audaz inteligencia
 Saber perecedero
 Por los abismos de la humana ciencia,
 Miéntras tu pecho solitario y frío
 Siente viudez, desolacion, vacío.
 ¿Por qué sufres dolor tan invencible?
 Porque ciencia sin fe consoladora,
 Aunque enseñe á pensar, es insensible;
 Porque esa ciencia estéril, que en mal hora
 Con su sed te atormenta
 Y á quien rindes tributo,
 Es fuego que ilumina y no calienta,
 Es en la humanidad árbol sin fruto.

FLOR TRASPLANTADA.

Dicen que nunca la industriosa abeja
 Yerra al seguir su natural instinto,
 Que nunca por libar la miel se deja
 De azucena, de nardo y de jacinto.
 ¡Quimérica ilusion! Yo sé de alguna
 Que volaba afanosa
 Por entre bellas flores
 Sin posarse en el cáliz de ninguna,
 Aunque ostentaban mágicos primores;
 Pero vió cierta rosa
 Fresca, alegre, pomposa,
 De aquel color con que la aurora brilla,
 Que gentil entre todas descollaba:
 Libarla quiso ¡y era tu mejilla!
 Aunque, á decir verdad, no se engañaba.

 LA GLORIA HUMANA

Ansiando nombre y gloria,
 Hienden unos el mar en frágil leño
 Por descubrir region desconocida;
 Buscan otros victoria
 En el reñido temerario empeño
 De la sangrienta lucha fratricida.
 Quiénes piden al arte
 La luz que el genio pródigo reparte;
 Quiénes la ciencia invocan,
 Y en vivas ansias y vigilia insana
 El fin oscuro de su vida tocan.
 ¡Inútil afanar! La gloria humana,
 Tan seductora y bella,
 Es cual la sombra que al mortal se adhiere:
 Sigue los pasos de quien huye de ella,
 Huye de aquel que perseguirla quiere.

 ENIGMA.

Bajo la nieve helada
 Suele á veces arder volcan rugiente;
 Bajo los hielos de la edad cansada
 Quizá palpita corazon vehemente;
 Tras de serena frente
 Hay almas que perturba el temeroso
 Batallar de los ímpetus humanos:
 ¿Por qué detras del resplandor hermoso
 De tus brillantes ojos africanos
 Que al que mirarlos quiere dejan ciego,
 No existen alma, corazon, ni fuego?

LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

No sé qué vago hechizo
Esconde el titilar de las estrellas,
Y aquel su claro resplandor rojizo
Que despide centellas.
Parece que modulan
Palabras de inefable melodía
Que en humana region no se comprenden,
Y que en santa alegría
De quien sabe escuchar el alma encienden.
Mas ¡ay! al tierno corazón penetra
Su viva luz que el éter abrillanta
Porque cada lucero es una letra
De los himnos que á Dios el cielo canta.

LO INVENCIBLE.

Vencer se puede al enemigo armado
Que de furor cegado
Nos provoca á la lid en su fiereza;
Puede rendir, quien de lograrlo trate,
Si pertinaz combate,
La más inexpugnable fortaleza.
Del viento la rudeza,
Aunque al marino por terrible asombre,
Firme domina la tajante prora:
De todo queda vencedor el hombre,
Menos de la mujer que ruega y llora.

TRES CUADROS.

Ayes de angustia en el hogar desierto
 Porque su bien ha muerto,
 Y llanto con que bañan su mejilla
 Los que dieron el ser á sér amado
 Para verle despues sin vida y yerto;
 Himno de redencion y fe sencilla
 En el templo sagrado
 Donde oracion de gratitud se eleva
 Que espíritu invisible al cielo lleva;
 Y en la divina gloria
 Cántico inenarrable de victoria
 Que al gozo humano excede
 En júbilo profundo...
 Tal ¡oh madres! sucede
 Cuando niño cristiano deja el mundo.

EN TU DEFENSA.

¿Y se mofan de ti? ¿Con qué derecho?
 Sé muy bien que tu pecho,
 Insensible ó altivo,
 Desmintiendo lo dulce de tu rostro
 Ante cuya beldad me rindo y postro,
 Es al amor y á la piedad esquivo.
 Pero no te intimide
 Que ingrata y fiera alguno te apellide,
 Pues si mezquinos son tus sentimientos,
 Y tu ternura, vana,
 Tienes en cambio grandes pensamientos...
 En las flores que adornan tu ventana.

MI CONSUELO.

En las vagas tristezas de la vida,
 En las horas de lágrimas y duelo,
 Cuando el alma se ve desfallecida
 Bajo el peso de engaños y dolores;
 Es ella mi consuelo,
 Ella la que mitiga mis enojos
 Con el perfume de invisibles flores,
 Ella la que descubre ante mis ojos
 Otra mansion de eternos resplandores.
 Cuerpo no tiene, y siento
 El crujir de su rica vestidura;
 Sin ser ángel, su acento,
 Que suena con celeste melodía,
 Me parece que baja de la altura:
 ¡Oh dulce amada mía!
 ¿Quién eres, di?—La vírgen Pöesia.

EL SECRETO.

Secreto misterioso
 Que pugnas por salir del pecho mio,
 ¿No temes naufragar en su desvío?
 Dile á mi dueño hermoso
 Que fieros dardos contra mí no vibre;
 Pero ¿por qué no sales, siendo libre?
 Pues te enfrena el respeto,
 Muere en mi corazon, dulce secreto.

LA VISION.

Entre la luz de la argentada luna,
 Mecida en la region de ambiente vago,
 Ó flotando hechicera,
 Dulce más que ninguna,
 Sobre el cristal azul de terso lago;
 Una forma fantástica y ligera,
 Hada hermosa ó mujer, á veces veo:
 A mí viene, me mira,
 Sentir sus manos en mi frente creo,
 Sentir el gozo que su aliento inspira.
 Me llama, y quiero loco
 Palpar la fimbria de su tenue manto;
 Acudo, y aire y desengaño toco;
 Pues es como esperanza que en el llanto
 Consolacion ofrece,
 Y al quererla tocar se desvanece.

EL ESCÁNDALO.

Uno en infame orgía
 Dilapida á la vez honra y tesoro;
 Otro con el puñal que aguza el crimen
 Hace que juntos broten sangre y lloro:
 Quién procaz á las leyes desafía
 Oprimiendo á los míseros que gimen;
 Quién con alma enconada,
 Con palabra infernal que torpe miente
 Separa al inocente
 De la fe por los mártires sellada.
 Maldades mil sin nombre
 La humanidad degenerada encierra:
 Siempre escándalo habrá; mas ¡ay del hombre
 Por quien viene el escándalo á la tierra!

LA CORZA HERIDA.

No sigas, cazador, con tu jauría
 Tras la corza ligera
 Que cruza el bosque y la enramada umbría,
 Quejidos mil lanzando lastimera
 Por un dolor tan fuerte
 Que sin remedio le dará la muerte;
 Pues ¡ay! esa corcilla,
 Con dardo atroz oculto en su costado,
 Te representa la mujer sencilla
 Que por torpe crueldad del hombre amado
 Lleva su corazón despedazado.

AMOR INSENSATO.

Deslumbra su beldad, te lo confieso:
 Tan gallarda figura
 Causa en las almas tiernas embeleso,
 Es prodigio de gracia y donosura.
 Tú la quieres con loca idolatría
 Y sigues por doquier tras de su paso
 Como al astro del día
 Persigue el girasol de oriente á ocaso.
 Mas que respondas con verdad te pido:
 ¿Cómo puedes amarla tan rendido?
 ¿Cómo pierdes por ella juicio y calma,
 Cuando á decirte su hermosura viene
 Que, ó bien le falta el alma,
 Ó la tiene insensible, si la tiene!
 Vé tu error en buen hora:
 A la estatua se admira, no se adora.

EL ÁRBOL MISTERIOSO.

En el inmenso campo de la vida
 Un árbol hay pomposo
 Cuya serena sombra nos convida
 Con santa paz y plácido reposo;
 Arbol de luz y gloria,
 Arbol del bien donde murió la muerte,
 Donde quedar vencida fué victoria
 Para la especie humana,
 Donde el pecado en gracia se convierte.
 Sólo su eterna majestad han visto
 Los claros ojos de la fe cristiana:
 ¿Cuál es?—El árbol de la Cruz de Cristo.

TU ENGAÑO.

¿Y dices que la quieres?
 ¿Y que por ella vives y suspiras,
 Y que por ella mueres?
 Lo dices, y si miras,
 Cual veleidoso niño,
 De soñada esquivez leve apariencia,
 Ya se convierte en odio tu cariño.
 ¿Sólo sabes querer mientras obtienes
 Dulce correspondencia?
 ¡Ay! amar á despecho de desdenes,
 Sin premio ni esperanza,
 Y á pesar del olvido y la mudanza,
 Tal es el culto al corazón propicio:
 ¿Juzgas amor, amor sin sacrificio?

 LO MAS TRISTE.

Es triste ver los ojos del amigo
 Que fué de nuestras lágrimas testigo
 Cerrarse para siempre al claro día;
 Es triste ver que su querido acento,
 Nuncio de generoso pensamiento,
 No puede ya vibrar como solía.
 Es triste, á lento paso,
 Y á la luz moribunda del ocaso,
 Acompañarle al mudo cementerio
 Para dejarle en su region medrosa
 De olvido y de misterio;
 Pero infunde afliccion más dolorosa
 Sentir caer, con golpe acompasado,
 La tierra que en la fosa
 Cubre su cuerpo exánime y helado.

 POR EL CAMINO.

No sé lo que me pasa
 Cuando suelo cruzar por el camino
 Que separa tu casa de mi casa,
 Pues unas veces siento
 Júbilo peregrino,
 Y otras dolor y afan y desaliento.
 Dulce en aquéllas la esperanza ríe,
 Y la dicha me engríe;
 Y en éstas, cual ninguna,
 Triste ansiedad el corazon me parte;
 Y es que, segun lo quiere la fortuna,
 Te voy á ver, ó vengo de dejarte.

DOLOR DEL ALMA.

Aquel rudo soldado,
 Aquel que siendo rayo de la guerra
 En cien combates arrostró la muerte;
 Aquel que denodado,
 Con el valor que el heroísmo encierra,
 Nunca dobló la faz á dura suerte,
 ¿Cómo lágrimas vierte
 Que escaldan en silencio su mejilla?
 ¿Qué crudo afan su pecho despedaza?
 ¿Por qué sin fuego su mirada brilla?
 ¿Quién hondos surcos en su frente traza?
 ¡Ay! el que despreció sangre y horrores
 Desfallecer se siente,
 Porque en la cuna que ciñó de flores
 El hijo de su amor gime doliente.

LA MÚSICA.

No viene al mundo de region humana,
 Y del arpa al tañido
 Canta feliz, de su poder ufana:
 Ya del ardiente amor copia el gemido,
 Ya con sonoro acento
 La tempestad que asorda el firmamento:
 Bien al fúnebre lloro de agonía,
 Bien al himno marcial de la victoria,
 A todo presta hechizo y melodía.
 Mas, en tan alta gloria,
 Lo que la ciñe de mayor grandeza,
 Lo que acaso á su voz los cielos abra,
 Es que su reino misterioso empieza
 Donde espira el poder de la palabra.

PAISAJE.

En aquesta llanura
 Por donde en cauce angosto de verdura
 Se desliza sin nombre claro rio;
 Viendo cómo se eleva por un lado,
 Sobre fácil collado,
 De pinos y nogales bosque umbrío,
 Y cómo por el otro se despliega
 Campo de miés que al horizonte llega;
 Divisando á mi frente y á lo léjos
 Por los senos del áspera montaña
 La mar azul que en límpidos reflejos
 El sol naciente baña;
 En esta soledad, donde se goza
 De paz y olvido, fuente de ilusiones...
 Quisiera yo morar en pobre choza
 Cuando del mundo lloro las traiciones.

LA TINIEBLA.

Cuando en oscura noche pavorosa
 Con insomnio tenaz abro mis ojos
 En la mudez de la ciudad dormida,
 Me parece mi lecho dura fosa,
 Erizada de espinas y de abrojos,
 Donde me encuentro sepultado en vida.
 Y aunque feliz me burlo del engaño,
 Aquel silencio extraño,
 Aquella lobreguez que el aire puebla,
 Me roban toda calma,
 Y exclamo así: detesto la tiniebla
 Para el cuerpo á la vez que para el alma.

LA AZUCENA Y TÚ.

Miraba en el pensil una azucena
 Pura como paloma,
 Llena de blando y exquisito aroma,
 Y de apacible donosura llena;
 Mas ví tu faz serena,
 Y al contemplar sus púdicos primores,
 De tu candor emblema misterioso,
 Prorumpí venturoso:
 Esa flor es la vírgen de las flores,
 Pero tú, vírgen, eres
 La azucena gentil de las mujeres.

LA NUBE.

Aquella negra, pavorosa nube
 Que, por detras del empinado monte,
 A paso lento sube
 Del remoto confin del horizonte,
 Debe guardar en su profundo seno
 El rayo y el granizo
 Que lanzará despues al són del trueno.
 Ya se adelanta en nimbo convertida;
 Ya se abrió con violencia...
 Mas ¡oh placer! en agua se deshizo,
 En lluvia que á las campos da la vida:
 Imágen de la santa Providencia
 Que torna el mal soñado
 En bien, cuanto sabroso, inesperado.

EL BESO PURO.

Resuena en el oído
Vago rumor que música parece;
Con íntimo latido
Todo en redor el aire se estremece;
Henchidos de ventura,
Los ángeles se alegran en la altura,
Cuando, después de cándidos cariños,
Con efusión y plácido embeleso
Los purísimos labios de dos niños
Se juntan en un beso.

NOCHE Y DÍA.

La noche que sombría,
Con negra, inmensa nube,
El firmamento azul entenebrece,
Más claro torna el día
Cuando al oriente sube
La aurora que en los aires resplandece.
Así también parece
Más candorosa y bella,
Tras el rigor de lucha transitoria,
La púdica doncella
Que de vil seducción logra victoria.

LO MAS GRANDE.
—

La tierra, sin reposo ni desmayo,
 Como grano de arena
 Girando va, más rápida que el rayo,
 Con astros infinitos
 Que en la noche serena
 Los arcanos de Dios muestran escritos.
 Todo en la creación inmensurable
 Nació perecedero;
 Tan sólo el alma vive perdurable,
 Del Hacedor emanación divina:
 Por eso, aunque invisible al mundo entero,
 Y en cuerpo deleznable,
 Mísera y peregrina
 Las leyes de los cielos adivina.

LA MUJER.
—

Para penar nacida,
 Sufre el dolor del cuerpo y el del alma
 Sin mostrarse rebelde ni abatida:
 Siendo el amor su aliento,
 En amar con pasión busca su palma
 Sin razonarse el propio sentimiento.
 Su corporal belleza
 Pinta como dechado
 La faz de su moral naturaleza:
 Su noble pecho á la ambición cerrado
 Y al lucro y beneficio,
 Ábrese á la piedad sencilla y pura
 Y á inefable ternura
 Y á la ley del callado sacrificio.
 Si así brilla su nombre,
 Donde está la mujer ¿qué vale el hombre?

 EL SECRETO DEL CANTO.

Pláceme, al nuevo albor, en el otero
 El canto del jilguero,
 Y, cuando ya la tarde va pasada,
 El cariñoso pío
 De la alondra del sol enamorada.
 Y me place en las noches del estío
 El ruiseñor canoro
 Que en la copa del álamo gorjea
 Con fácil voz y con trinar sonoro;
 Pero más me subyuga y me recrea
 La tórtola inocente
 De su amor lamentando la partida,
 Porque su arrullo flébil y doliente
 Me recuerda elocuente
 Que el dolor es la esencia de la vida.

 SIN PALABRAS.

El sol con sus reflejos
 La faz de la doncella iluminaba:
 El mancebo la vió desde muy léjos
 Cuando invisible muro
 Por desdicha crüel los apartaba.
 Con acento seguro
 Él le dijo su pena
 Y la pasion profunda que sentia:
 Ella, de angustia llena,
 Respondióle á su vez que se moria.
 Y los dos se contaron
 Sus pesares y lágrimas y enojos;
 Pero ¿cómo se hablaron
 Sin hablarse jamás? ¡Ay! con los ojos.

LA DICHA.

No se puede gozar, por no llegada,
De la dicha futura,
Ni porque ya pasó, de la pasada;
Y como la presente
Es fugaz, ó insegura,
Ó acibarada por el mal se siente,
Conoce el alma triste
Que sólo en ilusion la dicha existe.

VIDA UNIVERSAL.

Ama la abeja el cáliz de la rosa,
La vid el olmo que sus pasos guía,
El ruiseñor la noche silenciosa,
La pasionaria el despuntar del día.
Insectos, plantas, pájaros y flores,
Cumpliendo ignota ley, sienten amores
Y el alma racional que el bien ansía,
De libertad dotada,
Busca su dicha con ardor profundo,
De ventura idéal enamorada.
Si pues todo en el mundo
Del fuego del amor vida recibe,
Quien vive sin amar ¿dirá que vive?

DOS HERMANAS.

La leve gota que al ardor del fuego
 Hierve y hierve agitada
 Engendrando el vapor que impulsa luégo
 El ronco tren, la máquina espantosa,
 La nave arrebatada,
 Es, sin saberlo, hermana de la idea
 Que inquieta y portentosa
 En la mente del hombre se procrea,
 Y que al soplo de aliento soberano,
 Con poder sin segundo,
 De la region del pensamiento humano
 Brota despues á conmover el mundo.

ROSALÍA.

Rosalía la hermosa,
 Que vió lucir sus quince primaveras,
 Está cercada por la turba odiosa
 De pérfidos galanes
 Que la acechan y siguen,
 Lo mismo que los negros gavilanes
 A la paloma cándida persiguen.
 Mas aunque acaso escucha
 Frases de perversion que vanamente
 Indicio dan de seductora lucha,
 Nunca tiñe el rubor su noble frente;
 Pues es tan inocente
 La dulce Rosalía,
 Que, en medio de tan torpe sensualismo,
 Parece que conserva todavía
 La pureza sin mancha del bautismo.

 VALOR DE LA BELLEZA.

¡Dichosa la mujer cuya hermosura,
 Que cual íris de paz al mundo viene,
 Respira amor y angélica dulzura!
 Mas ¡ay de aquella que en su sér no tiene,
 A los ojos del alma
 Que busca en la beldad gracia escondida,
 El tierno lloro que las penas calma,
 El blando acento que á sentir convida!
 Pues, aunque muy garrida
 Sus hechizos despliega
 Con que los ojos corporales ciega,
 Es, sin amor ni llanto,
 Flor sin perfume, pájaro sin canto.

 LA PERSECUCION.

La tosca peña fuerte
 Que esconde su tesoro,
 Por fin bajo la llama se acrisola,
 Y de su seno vierte
 Raudal de plata y oro
 Que la luz con sus íris tornasola.
 Así tambien, aunque con dura prueba,
 De la mortal persecucion al fuego
 Que con terrible ardor en ella ceba
 Su encono airado y ciego,
 La verdad se depura
 Y como el oro límpida fulgura.

¿QUIÉN ES?

Es bella, y con su encanto peregrino
 Causa placer á todo el que la admira;
 Es modesta, y parece su destino
 Vivir como ignorada
 Y de todo contacto separada;
 Es casta, y se estremece
 Cuando siente acercarse mano impura;
 Es humilde, y parece
 El soñado idéal de la dulzura.
 ¿Quieres, pues, con empeño
 Conocer la beldad que me cautiva?
 No la juzgues mujer ni vano ensueño:
 Es una planta. ¿Cuál? La sensitiva.

LA ANTORCHA.

Fúlgida antorcha cuya luz brillante,
 Gozo de lo que en torno la rodea,
 Con claro resplandor nunca menguante
 Ilumina los senos de la sombra
 Que á tan benigno influjo centellea;
 Cuando te ven mis ojos, y te nombra
 Mi apasionado acento,
 Profunda gratitud desconocida
 Dentro del alma siento;
 Pues en tu breve fulgorosa vida
 Que, cuando luce más, halla la muerte,
 La imágen adivino
 Del sabio que, cumpliendo su destino,
 En torno suyo vierte
 Luz de vívida ciencia,
 A precio de su mísera existencia.

LA LETRA MATA.

El lenguaje de amor es un arcano
 Que el docto no penetra,
 Pues en él muchas veces (nunca en vano)
 Disienten el espíritu y la letra.
 Por esto, si contienden
 Entre sí dos amantes,
 Parece que se increpan y se ofenden
 Con frases mil, de la verdad distantes.
 Y así, pongo por caso,
 Sucede á cada paso
 Que alguno dice con error funesto,
 Error que yo deploro:
 «Apártate de mí, pues te detesto,»
 Cuando quiere decir: «Ven, que te adoro.»

EL FRUTO DEL ARBOL.

Cuando miro en el monte ó en el llano
 Algun árbol frondoso
 Que del labriego agricultor la mano
 Supo cuidar sin tregua ni reposo,
 Y en él perenne veo
 Fruto que galardona su deseo,
 Recuerdo que en el hombre bien nacido
 A quien dar quiso Dios un alma tierna,
 Todo bien recibido
 Rinde por fruto gratitud eterna.

LEY DEL AMOR.

Altivo quise domeñar tu pecho,
 Y con fiero desden me rechazaste;
 Pero despues, en lágrimas deshecho,
 Confesé mi locura
 Y con dulce piedad mi amor pagaste.
 ¿Qué fué lo que lograste?
 Hacerme comprender por mi ventura
 Que cuando en vivo empeño
 Quiera verse el amor correspondido,
 Para ser vencedor del caro dueño
 Antes debe humillarse y ser vencido.

REVELACION.

Suspiro de afliccion, sordo lamento,
 Penetrante gemido,
 Anuncio son de bárbaro tormento
 Del alma en los arcanos escondido;
 Pero nada revela para el hombre,
 Sin límites ni nombre,
 Dolor mortal, desolacion interna,
 Pena desgarradora,
 Como la inmóvil faz de madre tierna
 Que, viendo al hijo agonizar, no llora.

COINCIDENCIA.

Me pareció la noche tan oscura
Como negras las ansias de mi duelo,
Y ya sólo esperaba
Tener algun consuelo
En la luz matutina que llegaba;
Cuando de pronto, en el dolor sumido,
Aquella pena triste
Volvióse gozo que jamás olvido;
Pero dudo quién era mi alegría,
Si tú que en la ventana apareciste,
Ó el sol que en el oriente amanecía.

VIDA Y MUERTE.

Es fugaz esta vida y desdichada:
El hombre peregrino
La cruza de pasada,
Soñando en la feliz é ilimitada
Donde se cumple su inmortal destino.
Si pues aquí su afan no satisface
Y en ir allí se aplace,
Bien la razon infiere
Que comienza á morir en cuanto nace
Y comienza á vivir luégo que muere.

 CERCA DE TÍ.

Mi loco pensamiento
 Por un mundo idéal fantaseaba,
 Cuando me traje el viento
 Indefinible acento
 Que al acento del ángel semejaba.
 Dulcísimo perfume,
 Como de flor desconocida y pura
 Que más que rosa y nardo ser presume,
 Con tenues oleadas me envolvía,
 Y luz que ante los ojos no fulgura
 Iluminar mi corazón sentía.
 Entónces, de alegría,
 Mis párpados abrí sobresaltado:
 ¡Era que tú pasabas por mi lado!

 ¡AY DE TÍ!

No me seduce de tu fausto el brillo,
 Ni al verte del poder sobre la cumbre
 Siente mi pobre corazón sencillo
 Celos ni pesadumbre;
 Pues sé, sin duda alguna,
 Que el esplendor que á veces caprichosa
 Reparte la fortuna,
 Rápido fuego artificial parece
 Que en noche pavorosa
 Sube, brilla, deslumbra y se oscurece.

NIÑA Y PALOMA.

Cuando miro la cándida paloma
 Que tierna te acaricia
 Y el limpio grano de tus labios toma,
 Siento en el alma júbilo y delicia;
 Pues al ver que con ella así te igualas,
 Y al oír á la par su arrullo amante
 Mezclado con tus íntimas querellas,
 Dudo si en ese instante
 Es niña la paloma, aunque con alas,
 Ó paloma la niña, aunque sin ellas.

LA VIOLETA ARTIFICIAL.

Hábil mano compone
 Artificial violeta que en lo hermosa
 Con la violeta natural compite,
 Y en ella diestra pone
 Leve color y gracia primorosa
 Para que fiel á su modelo imite.
 Mas si alguno presume
 Engañado gozar de su perfume,
 Muy pronto ve con pena
 Que inodora y sin jugo y desabrida
 Es la que pudo figurarse llena
 De grato aroma, de frescor y vida.
 ¡Imágen elocuente
 De la modestia falsa y aparente!

EL LUCERO SOLITARIO.

Aquel lucero solitario y triste
Que, entre la niebla impura
De que el espacio á su pesar se viste,
Al mundo oscurecido
Con sus destellos consolar procura,
Es para el afligido
Que en densa noche de dolor fallece,
Emblema lastimero
De ventura fugaz que desaparece
Dándole con amor su adios postrero.

EL MEJOR EMBLEMA.

Para emblema de amor hay quien prefiere
El pomposo clavel que fuego lanza;
Y, aunque temprano muere,
Hay quien cifrar á su despecho quiere
En la flor del almendro su esperanza.
Unos ven en la rosa
Feliz ventura de delicias llena;
Otros misterio y dicha silenciosa
En el vago color de la azucena;
Pero á mí me cautiva,
Para emblema de amor, la siempreviva.

PIEDRA DE TOQUE.

Ven: aspirar procura,
 En misterioso tocador, las flores
 Que de casta hermosura
 Retratan el hechizo y los primores;
 Ó en el templo católico el incienso
 Con que el pueblo cristiano
 Rinde su adoracion á Dios inmenso;
 Ó en el ronco fragor de la pelea,
 Donde luchan hermano con hermano,
 La pólvora que humea;
 Y si hacerlo, infeliz, puedes en calma,
 Ni tienes corazon, ni tienes alma.

A LEDIA.

Con lánguido suspiro
 Y apacible mirada
 Que dulces brotan de tu pecho amante,
 Oir, Ledia, te miro
 La voz apasionada
 Del que te brinda con amor constante.
 Mas yo que de la duda
 Siento en mi corazon espina aguda,
 Aunque tu fe sencilla escandalice,
 Te habré de recordar como consejo
 Que, si el hombre no siente lo que dice,
 Se parece al espejo
 Que á la verdad se aviene
 Dejando ver en sí lo que no tiene.

COMO LA FLOR.

¿Te deleita la flor encantadora
 Que al despuntar la aurora
 El céfiro fugaz manso acaricia,
 Si no despide celestial perfume
 Del ameno pensil para delicia?
 Pues si no te deleitas con aquella
 Beldad inanimada,
 ¿Como te place la gentil doncella
 Que en juventud rosada,
 Y al sentir del amor el blando acento,
 No despide del alma apasionada
 El perfume ideal del sentimiento?

EL PERDON.

¿Por qué, cual sol, ante mis ojos brilla
 El perdon que al espíritu redime
 De la culpa mortal que le mancilla?
 Porque su influjo místico y sublime
 Le transforma y le ofrece
 La libertad dichosa que apetece;
 Lo mismo que el calor hace al gusano
 Crisálida con alas,
 Y por fin matizada mariposa
 Que por el aire vano
 Sus peregrinas galas
 Mostrando va ligera y victoriosa,
 Hasta que en fácil vuelo
 Sube, y se pierde en la region del cielo.

LA HOJA DE PAPEL.

En esa como espuma
 Límpida y débil hoja
 Que nada escrito guarda ni refiere,
 Puede trazar la pluma
 Del hombre que la escoja
 Ó el bien que gozo da, ó el mal que hiere.
 Pues lo mismo en el alma
 De cándida doncella
 Que ignorante del mundo vive en calma,
 Puede trazar el hombre en un instante
 Del bien ó el mal la huella,
 Dando á sus sentimientos vida ó muerte:
 ¡Quiera Dios, niña amante,
 Que sólo la del bien te toque en suerte!

DIALOGO.

—Sirena y no mujer, quiero que entiendas
 Que no me vence ya tu dulce canto.
 —Hombre vil, no pretendas
 Que yo por tí derrame nuevo llanto.
 —Pérfida, si te amé, ya no te quiero.
 —Traidor, no pienses que por eso muero.
 —Quédate en paz, infame.
 —Véte en paz, fementido.
 —Para siempre, y no dudes de mi olvido.
 —Para siempre, y no esperes que te llame.—
 Airados ella y él, así decían
 Con acento de cólera exaltada,
 Y á poco, aunque imposible lo creían,
 La paz entre los dos quedó firmada.

DOLOR Y LAGRIMAS.

Cuando el dolor está reconcentrado
 Matando al corazon, es cual hoguera
 Que abrasa al infeliz que lo padece:
 Por ello, en tal estado,
 Si las lágrimas brotan hácia fuera,
 Dulce consuelo al mísero se ofrece,
 Como el que en seco estío
 Dan al campo las gotas del rocío;
 Pero si ocultas brotan hácia dentro,
 Una y otra se van precipitando
 Del foco aquel en el activo centro,
 Las ánsias de la víctima aumentando,
 Cual las gotas del agua
 Que el fuego aviva de rugiente fragua.

LOS DOS ESPEJOS.

No pretendas en vano,
 Con fingido ademan indiferente,
 Ocultarme el arcano
 Que de tu pecho en el profundo abismo
 Velas á las miradas de la gente.
 ¿Saber quieres por qué? Porque lo mismo
 Que bruñido cristal de claro espejo
 La imágen exterior fiel reproduce,
 Tal el vivo reflejo
 De tu mirada propia
 Que en la pupila como fuego luce,
 Traidor denuncia y copia
 La imágen interior, siempre adorada,
 Que lleva en sí tu corazon guardada.

CULPA Y CASTIGO.

Un lazo criminal te unió con ella,
 Te unió, y al fin y al cabo
 La más ciega pasión te tiene esclavo
 De la beldad aquella
 Que parece la aurora
 Cuando el oriente sin celajes dora.
 Pero si con despecho
 Ves que su ingratitude vive en acecho
 Para burlarte infiel, ¡ay! no lo extrañes
 Ni con ella te ensañes,
 Pues saber debería
 Quien como tú fidelidad pretende,
 Que el amor sin honor es mercancía
 Y lo mismo se compra que se vende.

CIEGO DEL ALMA.

El que soberbio niega
 Este sér inmortal que nos anima
 Y á regiones etéreas nos sublima;
 El que sólo despliega
 Las alas de su mente arrebatada
 Para juzgar al hombre polvo y nada;
 El que al cruzar la tierra peregrino
 Desmiente sin rebozo
 Un *más allá* de su mortal camino
 De castigo y de premio, pena y gozo;
 Es ciego voluntario
 Que negándose á ver la luz del cielo,
 Goza en la lobreguez de triste osario
 Sin norte, ni esperanza, ni consuelo.

UNA DUDA.

Siempre que miro la serena fuente
 Junto á la cual desapiadada fuiste
 Con mi amor inocente,
 Y en cuya azul corriente
 Como en espejo sin querer te viste;
 Confusa el alma mía
 Nota que en cambio de mi imágen triste
 La tuya copia, llena de alegría.
 ¿Es vana fantasía?
 ¿Es que el agua feliz, enamorada
 De aquellas perfecciones idéales,
 Tu hermosura sin par dejó grabada
 En el haz de sus límpidos cristales?
 Dime si así lo veo,
 Ó si lo forja loco mi deseo.

DESENGAÑO CÓMICO.

Muchos años despues (¡qué tristes años!)
 De haber dado al rival mano de esposa,
 La ví de nuevo al declinar un día:
 Todos mis desengaños
 Me recordaba su beldad pasmosa
 Que nunca marchitarse parecia.
 Ví, con indignacion, de su semblante
 La inalterable calma
 Al hallarse la infiel de mí delante
 Despues de haberme desgarrado el alma.
 Entónces yo, sobre su faz tan bella
 Mirada acusadora puse fija,
 Mas... prorumpiendo con rubor: «¿es ella?»
 Comprendí mi vejez: ¡era su hija!

DESDE LA PLAYA.

Cuando en el mar, muy léjos,
 De la tarde á los últimos reflejos,
 Punto parece la velera nave,
 Y desde tierra el triste
 Que á secreta afliccion noble resiste
 Su ignoto rumbo descifrar no sabe;
 Vago dolor creciente
 Dentro del alma conturbado siente:
 Pues si en honda ansiedad le desanima
 Temor de aciaga nueva, no soñado,
 Piensa que se la trae y se aproxima;
 Y si ausente del sér idolatrado
 De su orfandad se queja,
 Piensa que se lo arranca y que se aleja.

EL TIRANO.

¿Quién resistir sabría
 El poder de su loca fantasía?
 Al solo anuncio de su vago ceño
 Temblar todos parecen
 Como el sumiso can frente á su dueño.
 Sus sonrisas de júbilo enloquecen,
 Sus ayes dan tristeza ilimitada,
 Es ley su acento, norte su mirada.
 Pues bien: ese tirano
 Ante quien doblan todos la cabeza,
 Y que tiene en lo humano
 Del ángel inmortal formas gentiles,
 Es una niña de sin par belleza
 En la caduca edad... de tres abriles.

A UN PENDIENTE.

Linda perla engarzada
 En los delgados hilos que con oro
 Labró mano adiestrada,
 Cual gota vaporosa
 Que el alba derramó de su tesoro
 En los estambres de azucena hermosa;
 Pues en mi bien querido
 Vas á ser centinela del oído,
 Cuéntame por piedad lo que escuchare
 De quien de amor le hablare;
 Y ya que, con mis ósculos, de verla
 Mi loco afán te pruebo,
 Dile á solas ¡oh perla!
 Todo lo que á decirle no me atrevo.

EN LA CORTE.

Marchar del mundo en la veloz corriente
 Que á grandes oleadas se atropella;
 Sentir de la ambición el acicate;
 Nunca gozar embalsamado ambiente,
 Ni el fresco rayo de la aurora bella,
 Salud del corazón que enfermo late;
 Anhelar en frenético delirio
 Con locas ilusiones,
 Y resistir el bárbaro martirio
 Que al alma dan engaños y traiciones;
 Luchar sin tregua; ver que á cada paso
 Nuevo dolor la paz nos arrebatara...
 ¿Es esto vida acaso?
 Vida no, sino fiebre que la mata.

EN EL CAMPO.

Aspirar en atmósfera salubre
 Esencias de cantueso y de tomillo;
 Ver por el horizonte ilimitado
 Arriba el éter que la tierra cubre,
 Abajo el suelo, de belleza ornado;
 Oír cantar al labrador sencillo
 En rústica faena,
 A par del ave, de contento llena;
 Sentir en torno soledad y calma
 Con éxtasis profundo;
 Libre tener de servidumbre el alma
 Agradeciendo el bien que se recibe;
 Gozar despacio; desdénar el mundo...
 Esto es vivir, sabiendo que se vive.

TIEMPOS PASADOS.

Asentarse al hogar en que la encina
 Cruje y chisporrotea;
 Ver á la castellana peregrina
 Cuando á la roja luz que centellea
 Labor gentil recama
 Mientras el cierzo por el campo brama;
 Sentir que fuera, en noche tormentosa,
 Con arpa cadenciosa
 Demanda amparo el trovador, y luégo,
 Rechinando el rastrillo,
 La puerta abrirle del feudal castillo;
 Restaurar su vigor, con vino y fuego;
 La trova oír donde en cantar sencillo
 Publican sus loores
 Hadas, guerreros, pajes y señores...
 ¡Oh muerta edad de amor y de hidalguía!
 ¿Qué soñaré, sin ti, la fantasía!

AMOR CIEGO.

Cuando sientas vibrar apasionada
Una voz elocuente
Que á los impulsos del amor llevada
Estremece y alegra el mudo ambiente;
Si quien la exhala, con febril exceso
Por el sér adorado
Elogios vehementísimos pronuncia,
Con el crujir mezclados de algun beso
Que insondable cariño fiel anuncia;
Si en el momento aquel afortunado
Temer parece que su bien le roben,
No preguntes quién es, de asombro lleno:
Es una madre venturosa y jóven
Que estrecha al niño que llevó su seno.

¡ADIÓS!

Hoy que de ti me alejo
Y el corazón entre tus manos dejo,
Recibe el triste adiós que el pecho lanza
Y á ti doliente envía
Mezclado de pesar y de esperanza.
Así, no lo imagines, vida mía,
Anuncio precursor del negro olvido
Donde amor halla muerte,
Sino vago gemido
Del alma que al perderte
La dicha implora de tornar á verte.

LA PIEDRA EN EL AIRE.

La tosca piedra que imprudente mano
 Por los aires despide,
 Hierde tal vez á quien está lejano,
 Miéntras incauto piensa
 Que libre se verá de toda ofensa.
 Turbado el ofensor, entónces mide
 Lo torpe de su accion por su despecho,
 Codiciando, cual pena merecida,
 En lágrimas deshecho,
 La sangre restañar de aquella herida.
 ¡Cuántas veces tambien, con amargura,
 Quisiera la cordura
 Recoger la palabra, necia ó loca,
 Que, cual piedra que parte á la ventura,
 La imprudencia lanzó por nuestra boca!

OLAS QUE PASAN.

Con sordo, infatigable movimiento,
 Ya rápido, ya lento,
 Llevadas van por caudaloso rio
 Ola tras ola, sin parar buscando
 El vasto mar sombrío
 Que, abierto el seno, las está llamando.
 Pues bien, oid: las olas incesantes
 Que en triste sucesion se desvanecen
 Dejándose mirar breves instantes,
 A mis ojos atónitos parecen
 Hombres, generaciones,
 Y pueblos y naciones
 Que mueren, tras jornada transitoria,
 En el mar del no ser y de la historia.

LOS TRES CORTEJOS.

Y ví cómo cruzaban á lo léjos
 Tres distintos cortejos:
 Mostrando el uno risa y alborozo
 Cual señales de dicha y esperanza;
 El otro en grave, reposado gozo
 Como el de aquel que su ventura alcanza;
 Y el último afligido
 Llorando con dolor su bien perdido;
 Sin querer parecíéronme á su paso
 Risueña aurora, claro mediodía,
 Melancólico ocaso:
 Era que los cortejos que veía
 Nuestra vida fugaz simbolizaban:
 Bautizo, boda, entierro, se llamaban.

LOS DOS ÍRIS.

De la ronca tormenta
 Pasados los furores,
 El íris bello por el aire ostenta
 Matices y primores
 En la union de sus límpidos colores;
 Y, emblema de consuelo,
 Al hombre dice así: tras el anhelo
 De humanas inquietudes,
 ¡Oh mortal, no lo dudes!
 El alma que triunfó brilla en el cielo
 Con el íris de todas las virtudes.

TÚ Y YO.

Te abrí mi noble hogar, te abrí mi pecho,
 Hasta el pan y la sal partí contigo,
 Y tú, crüel, á mis favores hecho,
 Con alma fermentida
 De implacable enemigo,
 Me vuelves mal por bien, muerte por vida.
 Mas ¿juzgas que afligida
 Tengo el alma quizá con tus ofensas?
 ¡Delirio, si lo piensas!
 Pues no, por dicha, tu rencor alcanza,
 Por más que en mí pretendas ensañarte,
 Ni á causarme el rubor de la venganza,
 Ni á impedirme el placer... de perdonarte.

LO MAS ELOCUENTE.

La voz del inspirado
 Tribuno popular que al pueblo arenga
 Para que avance audaz, ó se detenga;
 El cantar acordado
 Del vate insigne que con fácil vuelo
 Nos arrebatá á la region del cielo;
 El sí que nace de pasion dichosa,
 Y que ante el ara juran con vehemencia
 El esposo y la esposa;
 Rayos de fuego son, y de elocuencia.
 Pero nieve serán, si se comparan
 Con el adios de amante despedida
 De dos que se separan
 Para nunca jamás verse en la vida.

PEQUEÑEZ Y GRANDEZA.

Brilla fugaz la gota de rocío
 Que en la tierra se posa
 En húmeda mañana del estío;
 Mas, fugaz y pequeña,
 Lo inmortal y lo grande nos enseña,
 Pues como espejo mínimo retrata
 La majestad gloriosa
 Con que el tendido cielo se dilata.
 Lo mismo, aunque invisible,
 Como espejo moral indefectible,
 En la angosta prision donde se queja,
 El espíritu humano,
 Pequeño pero ufano,
 De su Hacedor la majestad refleja.

EN CIELO Y TIERRA.

Brilla el sol en el cielo,
 Y nadie lo contempla frente á frente
 Porque deslumbra con su luz ardiente;
 Mas tiende opaco velo
 La vaporosa, delicada nube
 Que á lento paso por el aire sube,
 Y en la mitad del día
 Puede al fin contemplarlo quien lo ansía.
 Pues así de tu vívida mirada
 Resistir el fulgor nadie podría
 Si, cual del sol los esplendores rojos
 Por nube delicada,
 No estuviese velada
 Por el pudor sereno de tus ojos.

NUESTRA DICHA.

De la vida fugaz en los dolores,
 Gozar de dicha creo:
 Ni me niega la suerte sus favores,
 Ni en lo imposible pongo mi deseo.
 En derredor no veo
 Vil asechanza de enemigo airado:
 A veces cariñoso
 Mi mano estrecha amigo idolatrado;
 Mas para ser dichoso
 Algo falta á mi bien y mi reposo.
 Si exento, pues, de pena conocida
 Mi pecho alguna siente,
 ¿Por qué tan vago afan, en mí latente?
 ¡Porque sufro el destierro de la vida!

MALES DEL ALMA.

El alma perdurable,
 Lo mismo que este cuerpo deleznable.
 Tiene para su daño
 Recónditas dolencias
 Nacidas del dolor y el desengaño;
 Pero tiene tambien en sus creencias
 La dulce medicina salvadora
 Que benéfica al fin las aminora;
 Y en las penas mortales,
 A par que en ella bálsamo derrama,
 Médico celestial cura sus males:
 ¿Sabeis quién es? Resignacion se llama.

UN PODER MISTERIOSO.

En larga noche de dolor sombrío
 A veces tengo sumergida el alma
 Que, sin saber de sí, muerta parece:
 Impera en torno mío
 De negro caos la espantosa calma
 Que en la mudez de las tinieblas crece.
 De fuerza, de calor, de luz privado,
 A mis ojos me encuentro
 Como yerto cádaver olvidado
 De vasto abismo en el profundo centro;
 Mas del arpa al compas suena argentina
 Tu voz que alegre canta,
 Y el alma entónces... tiembla... se ilumina...
 Despierta, y hasta el cielo se levanta.

SU BELLEZA MORAL.

Viste los claros ojos
 Donde su limpio azul el cielo toma;
 Viste los labios rojos
 A que debe el clavel tinte y aroma;
 Viste la crencha rubia y la mejilla
 Ante cuya belleza
 El matinal crepúsculo se humilla;
 En contemplar gozaste
 Toda su gentileza
 Y con alma de artista la ensalzaste;
 Mas sólo así mirada,
 Aunque de hechizo tanto,
 Parece ser beldad inanimada
 Que no revela su mayor encanto:
 Si su acento escuchases, la amarías;
 Si la vieses llorar, la adorarías.

UN HADA.

Hallábame tan triste,
 Bajo el imperio de profunda pena,
 Que en todo cuanto existe
 Mi espíritu febril tocar creía
 De afan y de dolor larga cadena;
 Cuando flotar en la region del aire
 Un hada ví que sombra parecia,
 Y con gentil donaire,
 Circundada de tenues resplandores,
 Iba sembrando por la tierra flores.
 «¿Quién eres?» prorumpí con embeleso:
 «La esperanza inmortal,» repuso en calma.
 Díome en la frente inmaculado beso,
 Y sentí su calor dentro del alma.

INDICIOS ERRÓNEOS.

Cuando en estos afanes de la vida,
 Tan fecunda en engaños y traiciones,
 Los hombres ven con alma enternecida
 Las ínclitas acciones
 Del heroísmo santo,
 En muchos ojos aparece el llanto;
 Y así también cuando al pensar en ellas,
 El desengaño á golpes les avisa
 Para que puedan ver del mal las huellas,
 En muchos labios brota la sonrisa.
 No juzgues ésta signo de alborozo;
 Ni aquél de desventura:
 Puede en el llanto palpitar el gozo,
 Como en una sonrisa la amargura.

ANTES Y AHORA.

Rosaura, todavía
 Me pareces muy bella;
 Mas tu rica beldad, ántes gallarda,
 No logra cual solía
 Que intenso amor por ella
 Dentro de tiernos corazones arda.
 Como el temor á todos acobarda,
 Y decir nadie quiere
 Por qué tu seducción perdió su cebo,
 Aunque en tus iras incurrir pudiere
 Si los vedados límites traspaso,
 Revelártelo debo:
 Es tu belleza sol, pero en ocaso.

ANHELO VAGO.

Siempre que con asombro miro al cielo
 En sosegada noche de verano,
 Y en su azulado velo
 Mis ojos ven estrellas á millares,
 Por escuchar me afano
 La secreta armonía
 Con que sobre los montes y los mares,
 Y en himno de victoria,
 Del que las puso en el espacio un día
 Cantando van la perdurable gloria.
 Mas como si la muerte
 De la vida cortase el lazo fuerte,
 Mi asombro entónces á la par encierra
 Temeroso dolor, gozo exquisito,
 Pues parece que el cuerpo yace en tierra
 Y el espíritu sube al infinito.

 ES ILUSION.

Piensas que estás amando
 Al doncel que por ti siempre suspira,
 Al que, benigno galardón ansiando,
 De tus azules ojos
 En el limpio cristal sólo se mira.
 Mas son vanos antojos
 De la ilusión que á veces lisonjera
 Te halaga el alma loca;
 Es liviana quimera
 Con que amor y amoríos equivoca
 Tu corazón á veleidades hecho;
 Y por ello su imagen intranquila
 Se copia en tu pupila,
 Pero nunca desciende hasta tu pecho.

 NO DESESPERES.

¡Ay de tí, desdichada huerfanilla
 Que tu afán doloroso
 Revelas en la pálida mejilla!
 Privada estás del bien y del reposo
 Que maternal regazo te prestaba,
 Como queda la vid sin el arrimo
 Del olmo á quien brindaba,
 Dentro de verdes hojas, fruto opimo.
 Para la angustia que tu pecho encierra
 No faltará consuelo:
 Si perdiste tu madre de la tierra,
 Otra puedes hallar, Reina del cielo.

COMO ELLA.

Y el triste pescador así decía:
 «Pláceme ver la mar cuando terrible
 La cólera del viento desafía;
 Pláceme si apacible,
 Cual terso lago de zafir y plata,
 Sobre la faz de su cristal sereno
 Los astros mil retrata
 De que el éter azul fulgura lleno.
 Mas cuando repentina
 Por veleidades al furor se inclina,
 Viendo mudanza tal mi pecho amante,
 Honda pena devoro,
 Porque á mis ojos es, por inconstante,
 Retrato fiel de la beldad que adoro.»

UN ENSUEÑO.

Tengo en monte desierto
 Una casita blanca, y me parece
 Paloma que en las peñas duerme ociosa.
 Cíñela en derredor florido huerto,
 Y ante ella se dilata y resplandece
 Vasta campiña, verde y silenciosa.
 Su calma deleitosa,
 Nunca turbada por cuidados graves,
 Tan sólo alteran, como blando arrullo,
 Los trinos de las aves,
 El rumor de las auras, el murmullo
 De la vecina fuente,
 El cantar del pastor en la montaña,
 La ruda voz del arador paciente
 Y el ladrido que guarda la cabaña...
 Mas ¡oh desdicha mía!
 ¿Por qué lo sueña así mi fantasía?

UN IDEAL.

Si ves que marcha con seguro aliento
 A enemiga trinchera
 Donde muerte ignorada se le ofrece;
 Si, de temor exento,
 Se arroja al mar en la borrasca fiera
 Para salvar, muriendo, al que perece;
 Si jamás estremece
 Su fuerte pecho noble
 Dura desdicha que le hiere el alma,
 Como la roca inmoble
 Que á sañudo huracan resiste en calma;
 Si ves tambien que, cual feliz herencia,
 Infinito valor lleva en sí mismo...
 Saluda con respeto su presencia:
 —¿Quién es?—El Heroísmo.

EL GRANO DE TRIGO.

En el abierto surco posa el grano
 Que por invierno el labrador arroja
 Con afanosa mano;
 Clara lluvia lo moja,
 El sol le da calor, lo azota el viento,
 Y la tierra, cumpliendo su destino,
 Le presta con sus jugos alimento.
 Frágil y verde tallo peregrino,
 Como césped sutil de la pradera,
 Es al rayar la tibia primavera,
 Y en ardiente verano rubia caña,
 Cuya cuajada espiga el oro baña.
 ¡Ay de aquel campo, de maleza lleno,
 Que el grano productor no centuplica!
 ¡Ay del ingrato aquel en cuyo seno
 La semilla del bien no fructifica!

TU RIQUEZA.

Cuantos ven tu belleza peregrina
Juran que tu cabello
Baña en oro la espalda alabastrina;
Y que el ebúrneo cuello,
Y los dientes de perlas,
Y los límpidos labios de corales
Que no permiten verlas,
Aun cuando son tesoros ideales,
Valen más que el espléndido tesoro
Que, dando á tu beldad mayor decoro,
Dice desde tus arcas cuánto vales.
Pero tanta riqueza,
Imán de turba que te sigue ardiente,
Es á mis ojos mísera pobreza
Porque tienes un alma que no siente.

EN EL JARDIN.

Era hermosa la noche. Dulce rayo
De nacarada luna
Daba su luz con seductor desmayo.
Ella fantaséaba,
Gentil como ninguna,
Sentada al pié del álamo frondoso,
Y él, apuesto garzon, la contemplaba
Con el amor del prometido esposo.
Entónces, evocando con anhelo
Risueñas esperanzas,
Dije al mirar su dicha: «Quiera el cielo,
Ya que unir tiene escrito
Dos almas ricas de virtud y encantos,
Que el mundo logre de su hogar bendito
Raza de caballeros y de santos.»

TRIUNFO ESTÉRIL.

Me amabas, y en mi pecho,
 Para delicia tal recinto estrecho,
 Era tu amor tesoro de ventura;
 Pero quiere la suerte
 De mí bien envidiosa,
 Separarme de ti con mano dura;
 Y á su voz imperiosa
 Entre lágrimas tengo que perderte,
 Lágrimas del dolor que en mí rebosa.
 ¡Rigor inútil! La constancia mía
 Sus iras desafía:
 Vano será su triunfo despiadado,
 Pues si lleno de angustias hoy te pierdo,
 Desde mañana mi placer pasado
 Tendrá segunda vida en el recuerdo.

LA OTOÑADA.

Y viene la otoñada
 Detras de la pesada
 Caliginosa atmósfera de estío;
 Y el aire se humedece
 Y el campo reverdece
 Y retornan las lluvias y el rocío.
 Y en agua aumenta el río,
 Y el sol, en nube gris, el disco vela,
 Y por doquier salubre se derrama
 Perfume que reanima y que consuela.
 Dulce estación, mi espíritu te llama,
 Y goza con tu encanto,
 Y en tu frescura que mi ardor entibia,
 Por ser tu lluvia mansa como llanto
 Que tras seco dolor al pecho alivia.

LA EMANCIPACION.

Sol eres de hermosura,
 Y, por ella vencido,
 Mi libertad te sojuzgué rendido;
 Fiel hasta la locura,
 Quedaron mis deseos
 De tu indomable voluntad trofeos;
 Sin vida ni albedrío,
 Amó su esclavitud el pecho mio...
 ¡Y tú, siempre inhumana,
 Pagaste con desden mi desvarío!
 No clames, pues, tirana,
 Si tus cadenas quiebro tan funestas
 Por acabar mis males,
 Pues si tú me recuerdas lo que vales,
 Yo no olvido el tormento que me cuestas.

LA NIEVE.

Sobre las alas que agitado mueve
 El crudo cierzo trae
 Los cándidos vellones de la nieve
 Que, con su peso leve,
 Despues de fluctuar, al suelo cae.
 Desnudos ya, los árboles blanquean;
 Las cabañas del monte
 Sin descansar humean;
 Y ante el velo glacial del horizonte,
 La tierra está muy triste,
 Y el campo yace mudo y solitario
 Porque la nieve pura que lo viste
 Es del invierno fúnebre sudario.

QUEJA INÚTIL.

El cristalino hielo
 La dureza del mármol desafía;
 Mas pronto el sol atravesando el cielo
 En linfa lo convierte
 Que derrama en los campos alegría.
 Con dura piedra fuerte
 La helada cera sin querer compite;
 Mas al contacto de irradiante llama
 Se ablanda y se derrite
 Dándole jugo que su brillo inflama.
 ¿Por qué no les parece
 Tu yerto corazón, sordo á mi ruego?
 ¿Por qué jamás benigno se enternece
 Al calor de mis lágrimas de fuego?

DICHA ANHELADA.

«Con inflexible saña
 Me persigue la suerte:
 La pálida miseria me acompaña:
 ¿Qué me vale ser jóven y ser fuerte
 Si en mi desdicha loca
 Me falta el oro y hasta el pan preciso
 Que llevar á mi boca?»
 El triste así decia,
 Cuando voluble la fortuna quiso
 Darle tesoro sin igual un día;
 Y al verse ya de su ventura cierto,
 Henchido de alborozo
 Y á dicha inmensa el corazón abierto,
 Fué tan feliz... que le mató su gozo.

 LA RAZON LIBRE.

Dices muy bien: es torpe idolatría
 El culto externo y vano
 Que rinde á Dios el crédulo cristiano.
 ¡Dichoso tú que puedes noche y día,
 Libre teniendo la razon sublime
 De las cadenas con que en otros gime,
 No seguir esas necias ilusiones
 Que el ánimo esclavizan,
 Y apocan varoniles corazones,
 Y la fecunda mente esterilizan!
 Tomando al fin tu ejemplo
 Que brilla como sol en todas partes,
 Más seguro contemplo,
 Más ilustrado y justo me parece...
 Nada emprender en mártres,
 Ni sentarse á la mesa, habiendo trece.

 EL RAYO DE SOL.

Cuando el triste cautivo que se queja
 De estar á las tinieblas condenado,
 Ve deslizarse por angosta reja
 Vivo rayo de sol inesperado;
 Contempla embelesado
 Los átomos flotantes
 Que á la espléndida luz ganan en brillo,
 Y leves é incesantes,
 Ya subiendo ó bajando,
 Por el rayo del sol van circulando;
 Y en tan breves instantes
 Imagina que en cada globulillo
 Por su bien un espíritu se encierra
 Que con pausado vuelo
 Desciende desde el cielo hasta la tierra
 Para volver desde la tierra al cielo.

EL ÚLTIMO CANTO.

Y así postrado al márgen del camino
 Cantaba triste el bardo peregrino:
 «La nube por el cielo sosegado,
 La alondra solitaria por el viento,
 La nave por el mar ilimitado,
 Con rojo sol ó nacarada luna,
 Cruzan en un momento
 Sin dejar de su paso huella alguna.
 ¡Ay de mi noble amor breve fortuna!
 Tú, cual ellas, pasaste,
 Pero en el alma mia
 Huella indeleble de aficcion dejaste.»
 Muriendo así decia,
 Y sólo el eco su clamor oia.

LOS DOS ECLIPSES.

Cuando la luna en lleno
 Su disco eclipsa de luciente plata,
 Por el éter sereno
 Que sobre el mundo absorto se dilata
 Se ven claras y bellas
 Aparecer innúmeras estrellas
 Que en la celeste cumbre
 Se ocultaron vencidas y envidiosas
 Ante el fulgor de su divina lumbre.
 ¿Por qué, con pesadumbre,
 Lamentas, pues, amada pastorcilla,
 Que tus émulas reinen victoriosas,
 Si á mi voz no respondes,
 Y el dulce rostro que cual luna brilla
 Siempre eclipsado en tu cabaña escondes?

 VERDAD CONSOLADORA.

Mancebo sin recato
 Que de tu edad te engrías,
 Y con ardiente júbilo insensato
 Ciego por todo ríes;
 Tú, cuyo pecho quiere
 Con tropel de placeres criminales
 Embotar el dolor cuando lo hieres;
 Recuerda que en los bienes y en los males,
 Tan loco desvarió
 Tu noble corazón deja vacío.
 Oye, pues, en buen hora
 Una verdad sublime y salvadora
 Que acaso juzgues ilusión mentida:
 Aquel que nunca llora,
 Ni conoce el consuelo, ni la vida.

 EL MOZO Y EL ANCIANO.

A la sombra de sauce desmayado
 Cuya raíz bañaba la corriente
 De arroyo sosegado,
 Con un zagal apuesto departía
 Un anciano pastor de noble frente,
 Cuyas razones, con dolor creciente,
 Aquel zagal sin alentar oía.
 No sé lo que decía,
 Porque envidioso céfiro atrevido
 Robaba sus acentos á mi oído;
 Y esto sólo escuché cuando á los cielos
 Miraba el mozo triste y anhelante:
 «Olvida su beldad que engendra celos:
 Es muy hermosa para ser constante.»

ARMONIAS.

¿Sabes cuál es la música süave
 Que á mi turbado espíritu embelesa
 Por vaga y dulce y grave?
 No la del arte humano
 Que con sus tonos la pasion expresa;
 No la del ave que doliente pía
 Y engendra sin igual melancolía;
 No la que canta el corazon ufano
 Cuando en ardiente júbilo rebosa:
 Es la voz del silencio misteriosa
 Que sobre el alto monte,
 Y en la noche serena,
 De horizonte á horizonte
 La inmensidad de los espacios llena.

DE MAL EN PEOR.

En hondo afan Lotario se quejaba
 De que sus ciegos ojos,
 Por las lágrimas rojos,
 Noche perpétua con su horror velaba.
 Sin remedio en su mal se imaginaba,
 Cuando la humana ciencia,
 De compasion herida,
 Término puso á la fatal dolencia.
 Como en segunda vida,
 Tierra y cielo admiró. Mas ¡ay! que luégo,
 Por contemplar el sol de tu hermosura,
 Otra vez quedó ciego,
 Pero ciego del alma, y ya sin cura.

EL BIEN Y EL MAL.

Amor, herido de mortal tristeza,
 En profunda afliccion se consumia,
 Y alzando la cabeza
 Demandaba consuelo
 Y alivio en su fatal melancolía.
 Al contemplarle el cielo,
 Un genio le envió de bienandanza,
 Y tornándole al gozo en breve instante,
 Brotar hizo en su pecho la esperanza;
 Mas ciega la fortuna,
 Y envidiando sus dichas inconstante,
 Hizo tambien, sin compasion alguna,
 Brotar para su daño,
 Despues de la esperanza, el desengaño.

ABNEGACION.

Veleidosa hermosura,
 Para probarme en mi camino hallada,
 Que ya me acoges con gentil dulzura,
 Ó ya me alejas con infiel mirada;
 No pienses que, cansada,
 La fe que puse en ti de ti se aparte,
 Pues siendo esclavo tuyo,
 Muerte fuera la vida sin amarte,
 Y mi pena más honda y más intensa
 Leve sonrisa tuya recompensa.
 Ni cobarde rehuyo
 Tus caprichos tiranos que bendigo,
 Ni contra ti por tu crudeza clamo:
 ¿Cómo no ser contigo
 Como el humilde perro con el amo?

LA HIJA DE LA ENVIDIA.

Era feliz Clotaldo: la Fortuna
 Con benigno mirar le sonreía,
 Y de su dicha el sol, sin nube alguna,
 Claro resplandecía.
 Por fin, un triste día,
 La Envidia que en acecho
 Por el ajeno mal astuta vela,
 Contra su noble pecho
 Dardo agudo lanzó con vil cautela.
 Pero viendo la infame que tal hizo
 No turbado el hechizo
 De aquella dicha siempre deleitosa,
 Su llanto derramó desesperada;
 Y la tierra, por él envenenada,
 Dejó brotar la adelfa venenosa.

LAS DOS ROSAS.

En la rosa que al sol de la mañana
 Abre los frescos pétalos, cuajados
 Con el rocío que del cielo llueve;
 En su beldad galana
 Que los sentidos deja embelesados
 Y nadie torpe á marchitar se atreve;
 En aquel que conmueve
 Misterioso perfume de su seno,
 Que casto amor inspira
 Y que gozo purísimo y sereno
 Vierte en el alma que de amor delira;
 Ve todo el que lo mira
 Trasunto de tu gracia candorosa:
 ¡Cómo tu nombre le conviene, Rosa!

TIPO ACABADO.

¿No suena en tus oídos
 Perenne voz que ensalza tu hermosura?
 ¿No deslumbra tu vista
 La sin par galanura
 De tus encantos mil, reproducidos
 Por el hábil pincel de insigne artista?
 ¿No los ves además en el reflejo
 De tu bruñido espejo?
 Pues, aún á riesgo acaso de ofenderte
 Por tu modestia, escucha mi consejo:
 Si del todo te place conocerte,
 Cierra tus ojos; fija la mirada
 En tu propio interior con insistencia,
 Y ver podrás belleza más preciada
 En el espejo fiel de tu conciencia.

LO IMPOSIBLE.

Era jóven, robusto;
 El peligro mortal no conocia,
 Pues ni pasmo ni susto
 En su gran corazón nunca sentia;
 Pero en aciago día
 Vió funesta beldad de ajeno dueño
 Que amar no le era dado;
 Y en su loca pasión desatentado,
 Siguiéndola doquier con vano empeño
 Por camino de abrojos,
 Ha muerto envenenado,
 Ha muerto envenenado por los ojos.

LA CARIDAD HUMANA.

Tiene atento el oído
Para escuchar al triste que suspira
Con profundo gemido;
Al que padece busca desalada
Y al que falto se mira
De todo auxilio en lóbrega morada.
Resplandor misterioso
De su rostro destella
Siempre que el mal combate sin reposo;
Mas lo que hechiza en ella
Es ver, cuando sofoca
Mortal dolor en pechos acuitados,
La sonrisa del júbilo en su boca,
Y sus ojos de lágrimas cuajados.

ANTES DE PARTIR.

Vas á partir: la nave
Que por el mar te llevará mañana
Sobre las ondas se columpia grave,
De su destino ufana.
Ventura lisonjera,
Galardon de sin par merecimiento,
En distante region feliz te espera.
Mas en este momento,
Cuando por dura suerte
Sufro el dolor inmenso de perderte,
Para que sepas lo que ardiente ansío,
Como saberlo pides,
Un presente simbólico te envío:
La flor del *no me olvides*.

VOZ DE LA INOCENCIA.

Es dulce y lastimosa
La cantiga del vate cuando anhela
Vencer el desamor de la fortuna;
Felicidad rebosa
La de la madre que el sosiego vela
Del inocente párvulo en la cuna;
Respira ardor sagrado
El himno belicoso del soldado;
Mas sobre toda voz de grato acento
Hay una que suspende y embelesa
Despertando profundo sentimiento;
Voz que las altas nubes atraviesa
Y al cielo se levanta:
Es la del niño que en el templo canta.

SIEMPRE UNIDOS.

A traves de la mar que nos aleja
Nos une siempre lazo cariñoso
Por invisible vía;
Y el mismo desconsuelo nos aqueja,
Y del mismo consuelo misterioso
Sentimos la alegría.
Igual placer nos causa ver el día
Que amor infunde con naciente rayo
De flores mil abriendo las corolas;
Igual dolor las tórtolas que solas
Llaman á sus amores con desmayo;
Porque son nuestras almas—;Dios lo quiere!—
Cuando gozan ó penan,
Cuerdas del arpa que la mano hiere
Y al unísono vibran y resuenan.

EL PUDOR.

Huyendo de la guerra
 De enemigos que fieros le seguian
 Y ultrajarle querian,
 Iba el Pudor vagando por la tierra.
 Codiciaba intranquilo
 Defender su inocencia en grato asilo,
 Pero no lo encontraba,
 Y de encontrarlo ya desesperaba;
 Cuando al pasar por entre bellas flores
 Vió que pura y honesta
 Una flor desplegabá sus primores,
 Y al punto dijo: «Mi mansion es ésta».
 Y se ocultó purpúreo en la corola
 De silvestre amapola.

EN FORMA DE HURÍ.

¡Oh qué tinte de rosa
 Dieron las flores á tu faz divina!
 ¡Oh qué crencha tan negra y tan sedosa
 Acaricia tu espalda alabastrina!
 ¡Oh qué luz peregrina
 De tus vívidos ojos se derrama
 Y el corazon de quien te mira inflama!
 ¡Oh qué suelto y gentil cimbras el talle
 Como palmera de edetano valle!
 ¡Oh qué dulce es tu acento,
 Eco de vaporosas armonías
 Que envidiaran los pájaros del viento!
 ¡Oh sublime portento!
 ¡Oh cuánta adoracion merecerías,
 Si tu beldad que la mirada quema
 De la virtud del alma fuese emblema!

NIÑO Y ANCIANO.

En su cuna de flores
 Que madre cariñosa custodiaba,
 Sin penas ni dolores
 Recien nacido el niño sollozaba.
 Y en su lecho de muerte el pobre anciano
 Padeciendo el rigor de la agonía,
 Ya sin consuelo humano,
 Con inefable paz se sonreía.
 No sé, mas parecía
 Ver en aquél al triste desvalido
 Que pisa extraña tierra,
 Y en éste al que feliz y en gozo henchido
 Tras luengos años de zozobra y guerra
 Vuelve á la patria que su dicha encierra.

POST NUBILA, PHOEBUS.

A la orilla del mar está sentada
 La niña desolada;
 Encapota el cenit crespon sombrío,
 Y la tormenta sigue rebramando
 Con ímpetu bravío.
 De pronto el viento con impulso blando
 Las negras nubes al ocaso lanza,
 Y brilla el sol en apartado monte:
 ¿Por qué la niña entónces se consuela?
 ¿Porque ve que retorna la bonanza,
 Ó porque asoma al fin del horizonte,
 Como gaviota que llegar anhela,
 Una lejana vela?

MUSICA LEJANA.

Inefables sonidos,
Como de alegre música lejana,
Por el aire esparcidos,
Llegan á tus oidos
Con el viento sutil de la mañana.
¿Son de canoras aves
Que al sol primaveral trinan sùaves?
¡Oh madre venturosa!
Esos rumores en tu mente fijos
Que te parecen música armoniosa
Y de gozo te engrien,
Son las gárrulas voces de tus hijos
Que juegan y que cantan y que rien.

VIDA FALSA.

Tu dicha no me engaña:
Placer ilimitado
Parece como esclavo á tu servicio;
La risa te acompaña;
Ni jamás has llorado,
Ni entiendes lo que vale el sacrificio.
El mundo ves propicio,
Y, exento de dolores,
Encuentras por doquier senda de flores.
Cuantos dones acopia la fortuna
Otros tantos recibes;
Mas no te envidio de manera alguna:
Tú gozas, es verdad, pero no vives.

COMO EL CIELO.

Es muy triste la tarde:
Velóse el sol que en los espacios arde;
La tormenta escondida
Entre nubes se encierra,
Y en lágrimas de fuego convertida
Se ve la lluvia salpicar la tierra.
Esa lluvia pesada y silenciosa,
Ese cielo anublado
¡Oh madre cariñosa!
Recuerdan á mi pecho contristado
Las lágrimas de fuego que bajaban
Del anublado cielo de tus ojos
Cuando, del llanto rojos,
Al hijo de tu amor muerto lloraban.

LAURA.

Donosa cual ninguna,
Ninfa gentil del baile en los saraos,
Parece su mirar rayo de luna
De negra noche tras el denso cáos.
¿Habla? Su dulce acento
Recuerda la armonía
Con que gime en los árboles el viento.
¿Canta? Su voz suave
Las almas extasía
Más melodiosa que el trinar del ave.
Donde ostenta sus gracias inocentes
Logra la justa palma:
¿No la conoces, no? Por eso sientes
Helado el corazon y en paz el alma.

 NUEVO PROMETEO.

Aherrojado á la roca
 Por su impotencia y su soberbia loca,
 Envejecidas fábulas extrañas,
 Pintan á Prometeo,
 Víctima triste de su audaz deseo,
 Y rasgándole un buitre las entrañas.
 Aquel desventurado
 Símbolo fué del hombre que en mal hora
 Dentro del corazon atormentado
 Por aciaga pasion devoradora,
 Y en arcano profundo
 Desconocido al mundo,
 Sin esperanza de victoria lidia
 Con el mudo tormento de la envidia.

 DOS AMORES.

¡Cómo envidian mi suerte
 Los que decir te escuchan que me adoras,
 Miéntas yo no consigo comprenderte!
 En tus palabras creo,
 Pero las pruebas de tu fe no veo,
 Y sin poder apellidarte ingrata
 Ni infiel á mi cariño, á todas horas
 Tu amor, que es vida de mi sér, me mata.
 Dirás que desvarío
 Cuando lo juzgo nieve junto al mio;
 Mas mi dicha ilusoria
 Patentizan mis penas:
 Yo vivo, cuando más, en tu memoria;
 Tú vives en la sangre de mis venas.

LEY DEL SABER.

El sabio que á la ciencia
 Codiciados tesoros arrebató,
 Galardon de la humana inteligencia;
 El bardo que dilata
 Su noble fantasía
 Por la region de perdurable día;
 El artista inspirado
 Que reproduce la beldad viviente
 Sobre mármol ó lienzo inanimado,
 Fecundizan el númen de su mente
 Si al cielo rinden gratitud piadosa;
 Mas el que, ajeno á la humildad modesta
 Que vago hechizo presta,
 De soberbia satánica rebose,
 Es, cuando necio de valer presume,
 Ramo gentil de flores sin perfume.

ÚNICO RECUERDO.

Como rayo de sol resplandeciente
 Del cristal á traves límpido pasa
 Sin dejar tras de sí rastro ni huella,
 Tal el amor ardiente,
 Rayo fugaz, el corazón abrasa
 De versátil doncella.
 Las amarguras que liviana infunde
 Con duro pecho esquivo,
 Su olvido fácil entre sombras hunde,
 Y en la quimeras que su mente fragua
 Signos parecen sobre el haz del agua.
 Mas cual recuerdo vivo
 Grabado en su memoria
 Hay una ofrenda que jamás olvida:
 La que fué, para dicha transitoria,
 Primera flor á su beldad rendida.

CIEGO Y SORDO.

El hombre cuyos ojos
 Cubrió desde el nacer opaco velo,
 No lleva con estériles enojos
 Turbado el corazón y en desconsuelo;
 Mas el que nunca por el muerto oído
 Sintió pasar el mágico sonido
 De la palabra humana,
 Lucha triste y se afana
 Con oculto dolor desconocido.
 Es que en su mal profundo
 Sólo no puede aquél, sin luz del día,
 Ver la belleza material del mundo
 Que los ojos aplace,
 Mas éste ve su espíritu sin vía
 Que al mundo del espíritu le enlace.

CUADRO SIN VIDA.

Pláceme contemplar el bosque ameno,
 La esfera azul, el valle florecido,
 Y el vasto mar sereno,
 Y el arroyo entre hierbas escondido.
 En cuadro apetecido
 Todo lo tengo aquí: por donde quiera
 Con grato asombro veo,
 Bajo la luz que vierte lisonjera
 Graciosa primavera,
 Galas que sobrepujan al deseo.
 Pero ¿por qué perturba mi alegría
 Profundo anhelo que traidor me asalta?
 ¡Oh dulce amada mía!
 Donde faltas, mi bien, todo me falta.

GUTIERRE DE CETINA.

Hablar con unos ojos,
 Rindiéndose al poder de su belleza
 Entre amantes enojos;
 Mostrarles melancólica terneza
 Con palabras de fuego
 Que son cual dardos de cariño ciego;
 Embelesar el alma de la hermosa,
 Su esquivéz desarmando,
 Y vencer en contienda rigurosa
 Con dulce madrigal de acento blando
 Que á la piedad inclina...
 ¿Quién lo consigue sin rival?—Cetina.

AL FIN DE LA JORNADA.

¿No ves al jadéante peregrino
 Que cuando el fin de su jornada advierte
 Descansa lacio al márgen del camino,
 En donde absorto piensa
 Si por benigna suerte
 Lograrán sus afanes recompensa?
 Pues en igual estado
 Que el pobre caminante,
 De mis arduas empresas fatigado,
 Reposo breve-instante;
 Codiciando saber si afortunado,
 De ti, lector amigo,
 Palma de triunfo en galardón consigo.

NOTAS.

EL MAYOR DOLOR. Pág. 42.—Hice este madrigal bajo la agradable impresion que me producía el recuerdo de una linda balada escrita al mismo asunto por mi paisano, amigo y compañero Sélgas.

Y ahora, para que se vea lo bella que es ésta y cuán diferente carácter tienen ambas composiciones, á continuacion transcribo dicha balada, lo cual me agradecerán seguramente los lectores.—Dice así:

LA CUNA VACÍA.

I.

Bajaron los ángeles,
Cerraron sus ojos,
Y cantando á su oído dijeron:
Vente con nosotros.

Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno,
Y extendiendo sus manos les dijo:
Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos
Y se fueron todos.

II.

De la aurora pálida
La luz fugitiva
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

LA GLORIA HUMANA. Pág. 76.—El docto literato aragones D. Ceferino Leandro Lagrava, que despues de notable carrera política recibió las sagradas órdenes, murió siendo canónigo de la catedral de Murcia, donde le oí muy pocos, pero muy elegantes sermones. En uno de ellos decia con elocuentísimo acento y con admirable concision: «La gloria humana es como la sombra de nuestro cuerpo: huye de quien la persigue, y sigue á quien huye de ella.» Recordando y aprovechando esta bella comparacion, que no sé si era suya, ó de algun escritor eclesiástico ó padre de la Iglesia, y acomodándola á las exigencias de la versificacion, hice el presente madrigal.

EL SECRETO. Pág. 83.—La forma de este madrigal es una imitacion marcada y voluntaria de la del muy conocido de Gutierre de Cetina *Ojos claros, serenos*, segun la leccion más comun; la cual, por otra parte, no parece ser la más exacta,

pues en la *Biblioteca de Autores Españoles* figura con variantes y con mayor número de versos.

EL ESCÁNDALO. Pág. 85.—El pensamiento fundamental de esta poesía está tomado de aquellas terribles palabras que el Redentor, atendida la malicia de los hombres, decia á sus discípulos: *¡Væ mundo á scandalis! Necesse est enim ut veniant scandala: veruntamen ¡væ homini illi, per quem scandalum venit!*

POR EL CAMINO. Pág. 91.—Despues de escrito este madrigal, recordé una seguidilla popular cuyo fondo es en realidad el de aquel, y cuya forma, admirable por su claridad, sencillez y concision, aventaja en mucho á la difusion con que en mi poesía he perifrasedo, sin pretenderlo, el pensamiento comun de ambas. La seguidilla es la siguiente:

Cuando voy á tu casa,
Prenda querida,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba;
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

LA DICHA. Pág. 104.—Hay un lindo madrigal italiano, muy

conocido, y de autor anónimo, segun creo, que dice de esta manera:

*Il passato non é, ma lo dipinge
La viva rimembranza:
Il futuro non é, ma se lo finge
La credula speranza:
Il presente sol é, ma in un baleno
Cade del nulla in seno:
Dunque la vita é appunto
Una memoria, una speranza, un punto.*

Este poemita fué traducido (y dicho sea en obsequio á su memoria) por el distinguido poeta D. José Heriberto García de Quevedo, como tambien lo ha sido por otros escritores. La traduccion de aquél es la siguiente:

Lo pasado no existe: en lontananza
Lo pinta la memoria;
Tampoco lo futuro: la esperanza
Traza falaz su historia.
Cierto es sólo el presente, y en un lampo
Cae de la nada en el revuelto campo.
¡La vida es en conjunto
Una memoria, una esperanza, un punto!

Recientemente diéronme tentaciones de hacer yo otra version, y habiendo caido en ellas, resultó la que á continuacion transcribo:

Lo pasado ya fué: lo representa
La viva remembranza;
No existe lo futuro: se lo inventa
La crédula esperanza;
Sí lo presente, mas cual lampo dura
Y da en la nada oscura:

Es, pues, la vida en junto
Una memoria, una esperanza, un punto.

Ahora bien: con el recuerdo confuso del original que habia perdido de vista, y no conociendo todavia la traduccion de García de Quevedo, hice el madrigal que se titula *La dicha*, imitando la disposicion de aquél y su forma conceptuosa.

OLAS QUE PASAN. Pág. 145.—El pensamiento de este madrigal, vulgar y comun de puro humano, fué expresado con maravillosa concision y sencillez por el insigne Jorge Manrique, cuando dijo:

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.

Pues, á pesar de lo peligroso de la comparacion, no he podido resistir á la tentacion de desarrollarlo y parafrasearlo á mi manera. Si hice mal, discúlpeleme.

GUTIERRE DE CETINA. Pág. 206.—No era posible, ni justo, que yo terminase este libro sin consagrar un recuerdo al elegante y afortunado poeta que ha unido para siempre su nombre al género de composiciones que lo constituyen. Para

ello, he tratado de identificar en la que le consagro la índole de su ingenio poético con la índole propia del madrigal. Y la he puesto la penúltima de todas, y antes de despedirme del lector, como para significar tácitamente que, despues de los muchos esfuerzos míos que á ella preceden, siempre queda vencedor Cetina por su ternura y delicadeza.

ÍNDICE.

	Páginas
DEDICATORIA.	9
RAZON DE ESTE LIBRO.	11
INTRODUCCION.—El madrigal.	25

MADRIGALES.

La gota de rocío.	29
La caña y el roble.	30
Vida breve.	31
Su presencia.	32
Una ilusion.	33
Declaracion.	34
Las golondrinas.	35
Deseo.	36
El mar.	37
Alegoría.	38
Un sorbo de agua.	39
Consejo.	40
Su sonrisa.	41
El mayor dolor.	42
La luz.	43
Gloria vana.	44

	Páginas.
Gloria verdadera.	45
Un desvarío.	46
La belleza.	47
El meteoro.	48
Un ejemplo.	49
La fuentequilla.	50
La inocencia.	51
Risa y llanto.	52
A un rico.	53
La reconvencion.. . . .	54
La azucena.. . . .	55
Semejanza.	56
Contradiccion.. . . .	57
Perla en su concha. . . .	58
A una desdeñosa.	59
La flor bendita.	60
Tres males.. . . .	61
Su alevosía.	62
El mayor hechizo.	63
La palmera.	64
La estrella fugaz.	65
Confianza.	66
Las aves de paso.	67
Noche perpétua.	68
Las espinas.	69
La niña y la rosa.	70
El arroyo cautivo.	71
Al despertar.	72
Dulce desengaño.	73
Ciencia humana.	74
Flor trasplantada.	75
La gloria humana.	76
Enigma.	77
La luz de las estrellas. . . .	78
Lo invencible.	79
Tres cuadros.	80
En tu defensa.	81

	Páginas.
Mi consuelo.	82
El secreto.	83
La vision.	84
El escándalo.	85
La corza herida.	86
Amor insensato.	87
El árbol misterioso.	88
Tu engaño.	89
Lo más triste.	90
Por el camino.	91
Dolor del alma.	92
La Música.	93
Paisaje.	94
La tiniebla.	95
La azucena y tú.	96
La nube.	97
El beso puro.	98
Noche y día.	99
Lo más grande.	100
La mujer.	101
El secreto del canto.	102
Sin palabras.	103
La dicha.	104
Vida universal.	105
Dos hermanas.	106
Rosalía.	107
Valor de la belleza.	108
La persecucion.	109
¿Quién es?	110
La antorcha.	111
La letra mata.	112
El fruto del árbol.	113
Ley del amor.	114
Revelacion.	115
Coincidencia.	116
Vida y muerte.	117
Cerca de ti.	118

	Páginas
Ay de tí!	119
Niña y paloma.	120
La violeta artificial.	121
El lucero solitario.	122
El mejor emblema.	123
Piedra de toque.	124
Á Ledia.	125
Como la flor.	126
El perdón.	127
La hoja de papel.	128
Diálogo.	129
Dolor y lágrimas.	130
Los dos espejos.	131
Culpa y castigo.	132
Ciego del alma.	133
Una duda.	134
Desengaño cómico.	135
Desde la playa.	136
El tirano.	137
Á un pendiente.	138
En la corte.	139
En el campo.	140
Tiempos pasados.	141
Amor ciego.	142
¡Adios!	143
La piedra en el aire.	144
Olas que pasan.	145
Los tres cortejos.	146
Los dos iris.	147
Tú y yo.	148
Lo más elocuente.	149
Pequeñez y grandeza.	150
En cielo y tierra.	151
Nuestra dicha.	152
Males del alma.	153
Un poder misterioso	154
Su belleza moral.	155

	Páginas.
Un hada.	156
Indicios erróneos.	157
Ántes y ahora.	158
Anheló vago.	159
Es ilusion.	160
No desespere.	161
Como ella.	162
Un ensueño.	163
Un ideal.	164
El grano de trigo.	165
Tu riqueza.	166
En el jardín.	167
Triunfo estéril.	168
La otoñada.	169
La emancipacion.	170
La nieve.	171
Queja inútil.	172
Dicha anhelada.	173
La razón libre.	174
El rayo de sol.	175
El último canto.	176
Los dos eclipses.	177
Verdad consoladora.	178
El mozo y el anciano.	179
Armonías.	180
De mal en peor.	181
El bien y el mal.	182
Abnegacion.	183
La hija de la envidia.	184
Las dos rosas.	185
Tipo acabado.	186
Lo imposible.	187
La caridad humana.	188
Antes de partir.	189
Voz de la inocencia.	190
Siempre unidos.	191
El pudor.	192

	Páginas.
En forma de hurí.	193
Niño y anciano.	194
<i>Post nubila, Phœbus.</i>	195
Música lejana.	196
Vida falsa.	197
Como el cielo.	198
Laura.	199
Nuevo Prometeo.	200
Dos amores.	201
Ley del saber.	202
Único recuerdo.	203
Ciego y sordo.	204
Cuadro sin vida.	205
Gutierre de Cetina.	206
Al fin de la jornada.	207
NOTAS.	209

OBRAS DEL AUTOR.

HIMNOS Y QUEJAS, poesías religiosas y profanas, con un prólogo de D. José Sélgas y Carrasco.

MELANCOLÍAS, rimas y cantigas.

ECOS DEL TÁDER, cantos poéticos.

DON RODRIGO, drama lírico, premiado con el *accésit* por la Real Academia Española.

LA CAMPAÑA DE ÁFRICA, poema, igualmente premiado por la citada Corporación.

EL CAUDILLO DE LOS CIENTO, novela, con un prólogo de don Juan Eugenio Hartzenbusch.

LAS SIETE PALABRAS, paráfrasis, aprobada por la Autoridad Eclesiástica.

LA VOZ DEL CREYENTE, poesías católicas. (Censuradas con elogio y aprobadas por la misma Autoridad.)

TROVAS CASTELLANAS, colección de poesías.

DRAMAS LÍRICOS.—Las naves de Cortés.—La muerte de Garcilaso.—La hija de Jefté.—La Gitanilla.—Guzman el Bueno.—Pelayo.—D. Rodrigo.

UN RAMO DE PENSAMIENTOS, libro en sonetos.

DEL DRAMA LÍRICO, Y DE LA LENGUA CASTELLANA COMO ELEMENTO MUSICAL.—Discurso de recepción en la Real Academia Española.

DE LA MÚSICA EN EL TEMPLO CATÓLICO.—Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

ELOGIO DE D. JUAN NICASIO GALLEGO.—Discurso inaugural de 1876 en la Real Academia Española.





